

RYUNOSUKE AKUTAGAWA
Vida de un loco
tres relatos

Título original: *Jigokuhen. Haguruma. Aru Ahô no Isshō.*
Traducción de Mirta Rosenberg

Prólogo de Luis Chitarroni, con epílogo de Jorge Luis Borges

Prólogo.....	3
El biombo del infierno.....	6
Los engranajes.....	24
Vida de un loco.....	42
Epilogo.....	54

Prólogo

AKUTAGAWA RYUNOSUKE *El descubrimiento del olvido*

¿Qué tiene para decir Akutagawa después de...? Después de todo; después de Ishiguro y Murakami, después de nuestra ligera asimilación del ikebana y las artes marciales, por ejemplo. ¿Qué notoriedad reclama su apacible violencia, aparte de atributo oriental, de virtud inventada por la ceguera cultural (nuestra una vez más), disfrazada siempre de intuiciones y sospechas (y lo que es peor, certezas y afirmaciones) acerca de lo que no conocemos? ¿De qué modo un curioso, culto lector occidental accede —si es el verbo— a esa otra cultura, a ese otro mundo sino gracias a los más ligeros contagios en los sabores, la industriosa práctica del haiku, la levedad tan poco sustanciosa de una mímica, el ejercicio de una exterioridad sin reposo? Cerrar los ojos. De abrirlos ojos y no oír, como escribió Girri. Belleza sin límites de inventar el olvido, de creer descubrirlo.

Sí, si reemplazáramos el mundo conocido con esa perfecta exterioridad, acaso nos reservaríamos esa última dignidad crítica que es equivocarnos de error.

Cierto gesto de fatiga, de fastidio por la curiosidad saciada se percibe en el filme de Sofia Coppola, especie de brindis por la incompreensión idiomática de las culturas. Sospechosamente, el *pathos* del filme —todo su *bathos* también— reside en la relación entre la anémica insinuación de trama y el título original —*Lost in Translation*—, que tan mal traduce "Perdidos en Tokio". Qué tragedia, diríamos en el melodrama de nuestro contexto.

Perderse en una ciudad como nos perdemos en una lengua, por definitivas que parezcan la analogías entre una y otra, fatigados los devaneos del *flanêur* y las excusas nerviosas del peatón común son cosas distintas. Si la lengua tuviera algo que decirnos, deberían hacérselo saber. Deberíamos tomarnos el trabajo de aprenderla o tratar de hacerlo (Freud y el español, Freud y *El Quijote*), o deberíamos resignarnos con lucidez a perderlo; todo lo que se pierde en traducción, se entiende, que es mucho; para no abundar: tonos, matices, contextos... Aunque algo quede. Una historia, por ejemplo. Pero no: todo se pierde, todo se pierde. Para encontrarlo, despojando esos atributos, en la traducción...

El mérito de esta traducción, que copia el régimen preciso y exagerado hasta la geometría de Akutagawa Ryunosuke, reserva al lector los desenlaces y sorpresas de una lengua que se desplaza a velocidad muy distinta de la nuestra, una lengua que extrae sus imágenes de un acopio, un repertorio con pocas, muy pocas cosas en común. Por lo demás, la urdimbre misteriosa de muchas narraciones de Akutagawa Ryunosuke nos envuelve como a bichos canastos, dejándonos atrapados en el interior de una descripción minuciosa, como en su famoso relato sobre la puerta más grande de Kyoto, por ejemplo.

Después de una infancia afectada por la desesperación y la ausencia —la madre murió loca cuando él era un niño—, Akutagawa Ryunosuke recibió una educación esmerada, de privilegio. En la universidad que sería luego imperial se dedicó con firmeza a la literatura. Aunque el campo específico fue la literatura inglesa, abusó de su apetito omnívoro, lució como emblemas neurasténicos los retratos de Baudelaire y de Strindberg, símbolos de esa descortesía que pierde en cada grito, en cada estrofa la calma o la vida. En "Los engranajes" se podrá ver también una fruición feligresa por Anatole France, que es de la época. ¿Quién

será nuestro Anatole France? ¿Roland Barthes? A la época no le interesa el estilo sino la moda.

Sí, Akutagawa Ryunosuke, como Tanizaki Junichiro, cultivó un gusto muy japonés por Occidente. Suele invocarse como prueba el hecho de que su tesis universitaria fuera sobre William Morris (el poeta y traductor, diseñador gráfico e imprentero responsable, en gran medida, del regreso de lo reprimido: el pasado prerrafaelista). Suele repetirse aún más, equivocadamente, que "Rashomon" está inspirado en *The Ring and the Book*, de Robert Browning. Lo cierto es que Akutagawa imita la técnica de *The Ring and the Book* en "Into the Grove" ("Dentro del bosque"), un cuento que probablemente se haya publicado en la primera colección en la que apareció "Rashomon".

Nuestros curiosos hábitos de lectura nos permiten, en una aventura literal sobre el renglón, olvidar las peripecias culturales en busca de simetrías y perfecciones malogradas. Si la letra nos dejara ver en perspectiva esa rara, espesa historia que precede algunas decisiones estéticas, tendríamos ocasión de observar cómo a menudo los fenómenos de simetría inversa gravitan en esa colección de máscaras culturales a las que intentamos darle sentido en, por ejemplo, un prólogo.

Se ha hablado muchas veces sin rigor acerca del carácter imitativo de la civilización japonesa, oriental entre tantas, sin advertir —acaso admirando a ciegas en los casos que se apartan de ese modelo— la emergencia inexplicable de la singularidad. Habría que enfatizar, en primer lugar, que la imitación no es una debilidad sino un estadio superior de la percepción y la experiencia. Énfasis que nos conduciría exentos de distracción a una disponibilidad voraz y apta de asimilaciones asombrosas. Fue eso, y no otra cosa, lo que permitió a Akutagawa Ryunosuke convertirse en el escritor que es. Vertiginoso y furtivo, cambiante.

No podemos seguir sin otra consideración preliminar. Akutagawa Ryunosuke fue alumno admirable de por lo menos dos grandes maestros orientales (un detractor del naturalismo, un exaltador del ocio), por occidentalizado que parezca. No podía haber imaginado ser el escritor que fue si no hubiera ponderado con toda su oriental, inescrutable observancia, las tradiciones y certezas que se proponía traicionar. Como Tanizaki, su rechazo acarrea el transitorio olvido de una dimensión para privilegiar otra. Tiempo y espacio suelen ser los márgenes densos entre los que el escritor moderno tiene que planear un paso, un itinerario, una emboscada. Como Dante, su "gran rifiuto" consistía en condenar al olvido una tradición para abrazar otra o fundarla. Un certamen de deslealtades y asechanzas para llegar al reino. Mejor dicho, para trazar un sendero de tránsito, de cruce. Rodeo que la historia y la crítica literaria sólo pueden explicar, sombrear, simplificar. *A un puente, a un gran puente no se lo ve.*

Finalmente, la encrucijada ante la que cualquier crítico termina por encontrarse, concierne en gran medida al orden narrativo. ¿Qué más decir y en qué orden?

Casi por la misma época en que Akutagawa y Tanizaki descubrieron el olvido, dos escritores de habla inglesa se proponían, *stricto sensu*, hacer el camino contrario. A partir del siglo XIX, las restricciones culturales no han hecho otra cosa que animar el discreto propósito de abolirlas. Con el mismo denuedo con que Tanizaki y Akutagawa franquearon las fronteras asfixiantes de la tradición a la que pertenecían, R. H. Blyth y Lafcadio Hearn encontraban el modo —el sacrificio— capaz de transformar su inequívoca dificultad anglosajona para suspender el juicio crítico e intentar encontrarle una vuelta a la irrenunciable (en apariencia) rectitud de la razón occidental. La tarea fue continuada por Fenollosa, por Pound, por Waley. Por Donald Keene.

Según un biógrafo raudo —el doctor Osamu Shimizu— Akutagawa tenía la apariencia de un escalpelo. Alto y esbelto en quimono, filoso, esa imagen nos conduce a su estilo. En el

remoto "Rashomon" se advierte las huellas del observador impaciente, que se ha llevado no obstante todo lo que es posible capturar de una sola mirada.

Leemos aún para enriquecernos, con un apetito y una codicia que tal vez nos hagan sonrojar; con no menos codicia miraba el mundo afanoso Akutagawa Ryunosuke, su sosegado raptor. Muestra suficiente es *Haguruma*, "Los engranajes", recolección póstuma de escritos que muestran al joven maestro ya viejo (porque la edad de una vida la cifra su duración, y el japonés tuvo la vejez prematura y taciturna que le permitieron sus treinta y cinco años suicidas) en felina concordancia con el paisaje, los sueños, los caligramas de un bañado en particular, los restos diurnos que occidentalizó un doctor vienés. Parece que una gran provisión de fotografías y manuscritos caligráficos, incluidos una cantidad de haikus, fue el legado de Akutagawa Ryunosuke. Ese caos a discreción, que espera (o acaso tiene ya) su museo, debe de ser un universo equivalente al que poblaron los pintores, soldados, duendes, hijas desprevenidas o cautas, casaderas o viudas de los relatos publicados en vida. Su reserva fantasmal, sin embargo, permite a los lectores soñar el infinito geométrico que Akutagawa traza con su caligráfico pincel.

Un conjunto de relatos heterogéneos nos depara otra vez una visión tan admirable y completa que sólo la parcialidad y la sutileza parecen recompensar. Volver sobre esas impresiones definitivas, concretas —los perritos ajedrezados del whisky Black & White— que el autor de "Rashomon" contempla con razonada pereza y extrañamiento oriental son también trofeos de una embriagada liturgia digna de todas las curiosidades del lector. Medidas para olvidar el olvido.

LUIS CHITARRONI

El biombo del infierno

I

El Gran Señor de Horikawa es el señor más grande que hubo nunca en Japón. Las generaciones siguientes jamás verán un señor tan grande. Los rumores dicen que antes de su nacimiento, Daitoku-Myo-O¹, se apareció a la gran señora, su madre, en un sueño. Desde el momento de su nacimiento fue un hombre absolutamente extraordinario. Todo lo que hacía trascendía las expectativas corrientes. Para mencionar sólo unos pocos ejemplos, el esplendor y el audaz diseño de su mansión de Horikawa exceden con mucho nuestras mediocres concepciones. Algunos dicen que su carácter y conducta son comparables con los del primer Emperador² de China y el emperador Yang³. Pero esta comparación puede semejarse a la descripción que el ciego hace del elefante. Porque su intención no era en absoluto disfrutar del monopolio de toda la gloria y el lujo. Era un hombre de gran alcurnia que prefería más bien compartir los placeres con todos los que se hallaban bajo su dominio.

Sólo un gobernante tan grande podría haber sido capaz de pasar indemne a través de la truculenta escena que fue el verdadero pandemonio desatado frente al palacio imperial. Y más aún, indudablemente fue su autoridad la que logró exorcizar al espíritu del difunto Ministro de la Izquierda⁴, quien por las noches asolaba su mansión, cuyos jardines eran una afamada imitación del pintoresco paisaje de Shiogama⁵. De hecho, la influencia de Horikawa era tan enorme que toda la gente de Kyoto, jóvenes y viejos, lo respetaba tanto como si fuera un Buda encarnado.

Una vez, cuando volvía a su casa de una exhibición de capullos de ciruelo realizada en la corte imperial, uno de los bueyes que tiraban de su carro se soltó y atropelló a un anciano que pasaba por allí. Se rumorea que, aun en medio del accidente, el anciano, uniendo las manos en gesto reverente, expresó su gratitud por haber sido atropellado por el buey del Gran Señor.

Así, su vida estaba colmada de anécdotas memorables que muy bien podían pasar a la posteridad. En cierto banquete imperial, hizo un obsequio de treinta caballos blancos. Una vez, cuando la construcción del puente principal quedó varada por falta de apoyo, convirtió en columna humana a su asistente favorito para propiciar la ira de los dioses. Años atrás hizo que un sacerdote chino, que había introducido el arte médico de un celebrado facultativo chino, le abriera con una lanceta un carbunco que aquejaba su cadera. Es imposible enumerar todas sus anécdotas. Pero de todas ellas, ninguna inspira un horror tan sobrecogedor como la historia del biombo del infierno que se encuentra ahora entre los tesoros de la familia del Señor. Hasta el Gran Señor, cuya presencia de ánimo había sido hasta entonces inmovible, parecía extraordinariamente consternado. Además, sus asistentes estaban tan atemorizados que parecían haber perdido la cordura. Tras haberlo servido durante más de veinte años, yo mismo jamás había presenciado un espectáculo tan aterrador.

Pero antes de contar la historia, debo hablar de Yoshihide, quien hizo la espectral pintura del infierno en la superficie del biombo.

¹ El dios de tres caras y seis brazos que custodia el oeste, montado en un toro blanco, y es uno de los cinco grandes reyes que aparecen en el sutra Chanavyua.

² El primer emperador de China estableció el Gran Imperio Chino en el año 221 a.C.

³ El emperador Yang estableció la dinastía Sui en el año 604 d.C.

⁴ El "Ministro de la Izquierda" era, junto con el premier, el más elevado ministro de Estado, junto con el Ministro de la Derecha.

⁵ Shiogama es una pintoresca aldea pesquera del nordeste de Japón.

//

Con respecto a Yoshihide, alguna gente aún lo recuerda. Era un maestro de la pintura tan celebrado que ningún contemporáneo podía igualársele. Cuando ocurrió lo que estoy a punto de relatar, debe de haber estado bastante más allá de los cincuenta años. Se había atrofiado en su crecimiento, y era un viejo de aspecto siniestro, pura piel y huesos. Cuando venía a la mansión del Gran Señor, solía usar un traje de caza color clavo y tocaba su cabeza con una gorra flexible. Era de naturaleza extremadamente mezquina, y sus labios sensiblemente rojos, inusualmente juveniles para su edad, hacían recordar a algún extraño espíritu animal. Algunos decían que tenía los labios rojos debido a su hábito de chupar los pinceles; aunque yo dudo de que fuera verdad. Algunos difamadores decían que era un mono por su apariencia y por su conducta, y lo apodaron "Saruhide" (piel de mono).

Este Saruhide tenía una única hija, de quince años, que servía como doncella en la mansión del Gran Señor. A diferencia de su padre, era una joven encantadora y de extraordinaria belleza. Tras perder a su madre en la más tierna infancia, había sido precoz y, más aún, era inteligente y perspicaz como una persona mayor. Así, se ganó la consideración de la Señora, y era una favorita de los criados y miembros del séquito.

Más o menos en esa época, le obsequiaron al Señor un mono domesticado de la provincia de Tanba, al oeste de Tokio. El joven hijo del Señor, que estaba en la edad de las travesuras, apodó "Yoshihide" al animal.

Este nombre volvió aún más ridículo al cómico animal, y todo el mundo en la mansión se reía de él. Si eso hubiera sido todo, en realidad no habría sido nada. Pero, así las cosas, siempre que el mono trepaba al pino del jardín o ensuciaba la estera de la habitación del Pequeño Señor e incluso cuando hacía cualquier cosa, todo el mundo gritaba su nombre y se burlaba de él.

Un día la hija de Yoshihide, Yuzuki, pasaba por el largo corredor, llevando en la mano un ramillete de rosados capullos invernales de ciruelo, con una nota adjunta, cuando vio que el mono corría hacia ella desde el otro lado de la puerta corrediza. Parecía herido y no mostraba ningún deseo de trepar a la columna con su agilidad usual. Casi con seguridad una de sus patas había sufrido una distensión. Entonces, a quién vio la joven sino al Pequeño Señor en persona corriendo detrás del mono y blandiendo una vara mientras gritaba: "¡Detente, ladrón de mandarinas! ¡Detente, detente!" Al ver esta escena, ella vaciló por un momento. En ese instante, el mono llegó hasta ella corriendo y, soltando un grito, se aferró al ruedo de su falda. De pronto, la joven ya no pudo contener más su lástima. Aferrando el ramillete de capullos de ciruelo en una mano, abrió con la otra la amplia manga de su quimono color malva y con delicadeza cobijó allí al mono.

—Suplico tu perdón, mi señor —dijo con voz dulce, haciendo una respetuosa reverencia ante el Pequeño Señor—. Sólo es un animal; por favor perdónalo, señor.

—¿Por qué lo proteges? —Con aspecto de disgusto, el Pequeño Señor dio dos o tres patadas en el suelo—. El mono es un ladrón de mandarinas como te digo.

—Es sólo un animal, señor —repitió ella. Entonces, esbozando una sonrisa inocente pero triste, reunió la audacia suficiente para decir: —Al oír que le dicen Yoshihide me siento perturbada, como si castigaran a mi padre.

Ante este comentario él, pícaro como era, cedió.

—Ya veo —dijo el Pequeño Señor con reticencia—. Como tu súplica es en nombre de tu padre, le concederé al mono un perdón especial.

Entonces, arrojando su vara, se volvió y traspuso una vez más la misma puerta corrediza por la que había entrado.

III

A partir de ese momento la joven y el mono se convirtieron en muy buenos amigos. Ella ató una bella cinta carmesí al cuello del animal, y colgó de ella una campanita de oro que le había dado la princesa. El animal, por su parte, no abandonaba a la muchacha por nada del mundo. Una vez que la joven tuvo que estar en cama debido a un resfrío leve, el mono permaneció junto a su lecho, observándola con visible preocupación mientras se comía las uñas.

Desde entonces, por raro que resulte, nadie más se burló del mono como antes. Por el contrario, todos empezaron a mimarlo. Finalmente, hasta el Pequeño Señor en persona se acercaba a ofrecerle un caqui o una castaña. Se dice que en una oportunidad en que sorprendió a un caballero pateando al animal, se llenó de ira. Cuando esa noticia llegó a oídos del Señor, se dice que el noble ordenó que la joven fuera llevada ante él con el monito en brazos. Con respecto a este incidente, seguramente se había enterado de la manera en que la muchacha lo había convertido en un animal favorito.

—Eres una buena hija y consciente de tus deberes. Me complace mucho tu conducta — dijo el Señor, y como recompensa le obsequió un quimono rojo.

El mono, imitando la deferente reverencia de la muchacha que expresaba así su gratitud, alzó el quimono hasta su frente, para inmensa diversión y complacencia del Señor. Es necesario recordar que el Señor había concedido su buena voluntad a la muchacha porque le había impresionado la piedad filial que la había instado a convertir al mono en una mascota, y no porque admirara los encantos del sexo débil, como se rumoreaba. Había causas justificables para ese rumor, pero sobre esos temas tendré oportunidad de hablar en otro momento cuando tenga tiempo. Ahora sólo quiero limitar mi descripción a decir que el Señor no era un personaje que pudiera enamorarse de una joven tan inferior como la hija del pintor, por encantadora que fuera.

Muy honrada, la muchacha se retiró de la presencia del Señor. Por ser una joven naturalmente lista e inteligente, no hizo nada que pudiera exacerbar los celos y los chismes de las otras criadas. Por el contrario, el honor del que había sido objeto les reportó, tanto a ella como al mono, gran popularidad y el favor de las otras. Sobre todo, se advirtió que la joven gozaba del favor particular de la princesa al punto de que rara vez se la veía apartada de la noble dama y nunca dejaba de acompañarla en su carruaje en todas las excursiones.

Dejando ahora de lado por un momento a la muchacha, querría hablar un poco de su padre, Yoshihide. Aunque el mono, Yoshihide, llegó a ser querido por todos, el pintor Yoshihide seguía siendo tan odiado por todos como antes, y a sus espaldas lo seguían llamando "Saruhide".

El abad de Yokawa odiaba a Yoshihide como si fuera un demonio. Ante la mera mención de su nombre se ponía lívido de furia y aversión. Algunos dicen que esos sentimientos se debían a que Yoshihide había pintado una caricatura que describía la conducta del abad. Sin embargo, se trataba tan sólo de un rumor que circulaba entre la gente del pueblo, y tal vez no haya tenido ningún fundamento real. De todos modos, era impopular entre todos los que lo conocían. Si había algunos que no hablaban mal de él, eran sólo dos o tres de sus congéneres pintores o aquellos que conocían sus pinturas pero nada sabían de su carácter.

Verdaderamente no sólo era de apariencia desagradable, sino que también tenía ciertos hábitos horribles que lo convertían en un incordio repelente para todo el mundo. Y por ese hecho sólo podía culparse a sí mismo.

IV

Ahora quiero hablar de sus hábitos censurables. Era tacaño, violento, desvergonzado, perezoso y codicioso. Y peor aún, era tan soberbio y arrogante que en su nariz parada se leía que "era el mejor pintor de todo Japón". Si su arrogancia se hubiera limitado a la pintura,

habría sido menos objetable. Pero era tan engreído que manifestaba un profundo desdén por todas las costumbres y prácticas de la vida.

Éste es un episodio sobre él contado por un hombre que había sido su aprendiz durante muchos años. Un día una famosa médium de la mansión de cierto señor cayó en trance bajo la maldición de un espíritu, y pronunció un oráculo terrible. Haciendo oídos sordos al oráculo, el pintor hizo un cuidadoso boceto del rostro espectral de la mujer con tinta y pincel que encontró a mano. A sus ojos, la maldición de un espíritu maligno no era más que un muñeco de resortes con el que jugaban los niños.

Por ser ésa su naturaleza, al retratar a una doncella celestial solía pintar el rostro de una ramera, y al pintar el dios del fuego le confería la figura de un villano. Cometía muchos actos sacrílegos semejantes. Cuando le reprochaban esos gestos, declaraba con provocativa indiferencia: "Es ridículo que supongas que los dioses y Budas que he pintado serán capaces alguna vez de castigar a su pintor". Esta respuesta dejó tan pasmados a sus aprendices que muchos de ellos lo abandonaron inmediatamente, horrorizados ante la posibilidad de que se avecinaran terribles consecuencias. Después de todo, el pintor era la arrogancia encarnada y se creía el hombre más grandioso bajo el sol.

Por consiguiente, uno puede avizorar hasta qué punto se valoraba a sí mismo como pintor. Sin embargo, su manejo del pincel y de los colores era tan absolutamente distinto del de los otros pintores que muchos de sus contemporáneos que estaban en malos términos con él solían calificarlo de charlatán. Alegaban que las pinturas famosas de Kawanari, Kanaoka⁶, y otros maestros del pasado se caracterizan por describir episodios llenos de elegancia y armonía. El rumor repite que uno casi puede oler la delicada fragancia de los capullos de ciruelo en las noches de luna, y casi oír al cortesano que en el biombo toca la flauta. Pero todas las pinturas de Yoshihide tienen fama de ser desagradables y enrarecidas. Por ejemplo, pensemos en su pintura que representa las cinco fases de la transmigración de las almas, que el artista pintó en las puertas del templo de Ryugai. Si uno traspone ese portal a altas horas de la noche, casi puede oír los suspiros y los sollozos de las doncellas celestiales. Algunos dicen que incluso se percibe el hedor de los cuerpos en descomposición. Las damas de la corte del Gran Señor, que Yoshihide pintó por orden del noble, enfermaron como si el alma las hubiera abandonado, y todas murieron en el lapso de tres años. Los que menosprecian las pinturas de Yoshihide dicen que todo eso ocurrió porque sus obras están cargadas de magia negra.

Sin embargo, como ya dije, el pintor era un bribón excéntrico y contradictorio, y se jactaba de su propia perversidad. Una vez, el Gran Señor le dijo: "Aparentemente, tienes una gran parcialidad hacia lo horrible", y él replicó: "Sí, mi señor, los artistas sin talento no pueden percibir la belleza de lo horrible". Aun admitiendo que era el pintor más grande de todo el país, era inaudito que fuera tan presuntuoso como para hacer un comentario tan soberbio en presencia del Gran Señor. Sus aprendices lo apodaban en secreto "Chira-Eiju", aludiendo de este modo a su arrogancia. Chira-Eiju es, como presumo que usted sabe, un jactancioso duende de larga nariz que voló hasta Japón en la antigüedad.

Sin embargo, Yoshihide, que era un sinvergüenza indescriptiblemente perverso, exhibía un aspecto tierno que no carecía del todo de afabilidad humana.

V

Adoraba a su única hija, que era dama de honor, con un amor rayano en la locura. Ella era una muchacha de dulce temperamento, y quería con devoción a su padre. Por increíble que pueda resultar, Yoshihide albergaba por su hija una adoración que llegaba al capricho, y gastaba pródigamente su dinero en comprarle quimonos, hebillas y toda clase de chucherías para engalanarla, aunque nunca contribuía con un diezmo para cualquier templo budista.

⁶ Tanto Kawanari como Kanaoka son celebrados pintores japoneses del siglo X.

Pero todo el amor por su hija era ciego y salvaje. Nunca dedicó un momento a pensar en encontrarle un buen marido. Por el contrario, si alguien hubiera intentado acercarse a la muchacha, Yoshihide no habría tenido ningún escrúpulo en contratar matones callejeros para atacarlo. Aun cuando la joven fue convocada por graciosa orden del Gran Señor para ocupar el cargo de doncella, el pintor sintió tanto desagrado que se mostró con una expresión agria como el vinagre, incluso cuando fue conducido ante la presencia del Gran Señor en persona. El rumor de que el Gran Señor, enamorado de la belleza de la joven, la llamó a su servicio a pesar de la intensa desaprobación que podía leerse en el rostro de su padre, probablemente se haya originado en la imaginación de todos aquellos familiarizados con esas circunstancias.

Dejando de lado el rumor, lo cierto es que Yoshihide, debido al indulgente amor que sentía por su hija, experimentaba un irresistible deseo de que la joven fuera liberada de su puesto de servicio. Una vez, cuando pintó por orden del Gran Señor el retrato de un querubín, consiguió plasmar una obra maestra usando de modelo al paje favorito del noble.

Muy complacido, el Gran Señor le dijo al pintor:

—Yoshihide, estoy dispuesto a satisfacer cualquier pedido que me hagas.

Y Yoshihide tuvo la audacia de responder:

—Permíteme pedirte que mi hija sea dispensada de prestarte servicio.

Dejando de lado lo que hubiera podido ocurrir en otras familias, ¿a qué otra persona, por mucho amor que sintiera por la joven, se le hubiera ocurrido hacer un pedido tan presuntuoso al Gran Señor de Horikawa con respecto a su dama de compañía favorita? Con cierto aire de desagrado, el magnánimo Gran Señor permaneció en silencio por un rato, mirando fijamente a Yoshihide.

—No, no puedo concederte eso —le espetó, y se marchó abruptamente.

La escena debe de haberse repetido cuatro o cinco veces. Ahora me parece que en cada oportunidad el favor del señor hacia Yoshihide disminuía, y crecía la frialdad de la mirada que le dedicaba. Esto por cierto debe de haber hecho que la hija se preocupara por su padre. Cuando se retiraba a su habitación, con frecuencia se la veía sollozando, mordiéndose la manga del quimono. A partir de entonces, se agigantó el rumor de que el Gran Señor estaba enamorado de la joven. Algunos dicen que toda la historia del biombo del infierno puede remontarse al hecho de que la joven se negó a satisfacer los deseos del Gran Señor. Sin embargo, yo no creo que eso haya sido cierto.

Me parece, más bien, que el ilustre señor no permitió que la joven fuera dispensada de servirlo porque se compadecía de sus circunstancias familiares y había decidido graciosamente conservarla en su mansión y permitirle una vida fácil y confortable, en vez de enviarla de regreso junto a su padre malhumorado y terco. Sin duda había convertido en su "favorita" a esa joven de temperamento tan dulce y encantador. Sin embargo, atribuir todo esto a los motivos amorosos por parte del ilustre señor es una rebuscada distorsión de los hechos. No, me atrevo a decir que es una mentira absolutamente infundada.

Sea como fuere, fue en el momento en que el señor había empezado a mirar a Yoshihide con desagrado cuando lo convocó a su mansión y le encargó que pintara en un biombo un cuadro del infierno.

VI

El biombo del infierno era una consumada obra de arte, que presentaba a nuestros ojos una vivida representación de las terribles escenas del infierno.

En especial en su composición, su pintura del infierno era muy diferente de las versiones de otros artistas. En un rincón de la primera hoja del biombo, en escala reducida, se veían los diez reyes del infierno y sus cortes, mientras que el resto de la hoja estaba cubierto de terribles lenguas del fuego que rugía y se arremolinaba en torno de las Montañas de Espadas y los bosques de Lanzas que, también, parecían a punto de arder hasta fundirse en las llamas. Por

consiguiente, salvo por las manchas amarillas y azules de los trajes de diseño chino de los oficiales infernales, en cualquier parte que uno posara la mirada todo eran llamas abrasadoras, remolinos de humo negro y chispas que volaban como polvo de oro ardiente atizadas por un holocausto de fuego.

Esta composición, por sí misma, bastaba para sobresaltar el ojo humano. Los criminales que se retorcían en agonía en medio del devorador fuego infernal no eran como los que habitualmente se representaban en las descripciones pictóricas usuales del infierno. Porque aquí, en las representaciones de los pecadores se presentaba un completo despliegue de personas de todas clases, desde nobles y dignatarios hasta mendigos y marginados, cortesanos con majestuosos atavíos palaciegos, coquetas esposas de samurais con ropas ornamentadas, sacerdotes que rezaban con los rosarios que llevaban al cuello, estudiantes de samurai calzados con sus altos zuecos de madera, muchachas en coloridos vestidos de gala, adivinos enfundados en los hábitos típicos de los monjes sintoístas... el número de pecadores era infinito. Allí las personas de toda condición, torturadas por los infernales sabuesos con cabeza de toro en medio de las ardientes llamas y el humo enconado, huían en todas direcciones como hojas otoñales diseminadas por una ráfaga de viento. Había mujeres con aspecto de médiums de santuario, cuyo pelo pendía de horquillas y con los miembros retraídos y doblados como patas de araña. Había hombres con indudable apariencia de gobernantes, colgados cabeza abajo y con el corazón traspasado por alabardas. Algunos eran golpeados con varas de hierro. Otros eran aplastados bajo la roca viva. Otros eran picoteados por pavorosos pájaros y otros eran degollados por dragones venenosos. Había muchísimas variedades de torturas padecidas por numerosas categorías de pecadores.

Pero el horror más destacado, sin embargo, era un carruaje tirado por bueyes que se despeñaba rozando las copas de los árboles de espadas que tenían ramas puntiagudas como colmillos, y en ellos, como si fueran espetones, estaban traspasadas pilas y pilas de cuerpos de almas muertas. En ese carruaje, cuyas cortinas habían sido levantadas por las furiosas ráfagas del infierno, una dama de la corte tan lujosamente ataviada como una emperatriz o una princesa se retorció en agonía, su negro cabello flotando en medio de las llamas y el blanco cuello extendido hacia arriba. Esa figura de la agonizante dama de la corte en el carruaje de bueyes devorado por las llamas era la representación más espantosa de las mil y una torturas del llameante infierno. Los horrores variopintos de todo el cuadro tenían su punto focal en ese único personaje. Era una obra maestra de tal inspiración divina que nadie podría haberla mirado sin sentir en sus oídos los terribles lamentos de las almas condenadas, sumándose en un verdadero pandemonio.

Fue por esa razón, de hecho, por su devorador deseo de pintar ese cuadro, que ocurrió el terrible incidente. Si no hubiera sido por ese acontecimiento, ¿cómo habría podido Yoshihide llegar a pintar una escena tan gráfica de los tormentos y agonías del infierno? Para poder terminar el cuadro, su vida tenía que tener un fin espantoso. De hecho, fue a ese infierno de su propio cuadro que Yoshihide, el pintor más grande de Japón, se había condenado a sí mismo.

Me temo que por el apuro de contar sobre este extraño biombo del infierno he alterado el orden de mi relato. Ahora la historia volverá a Yoshihide, a quien el Gran Señor le encomendó pintar un cuadro del infierno.

VII

Durante cinco o seis meses Yoshihide se dedicó a pintar su cuadro sobre el biombo sin hacer siquiera una sola visita de cortesía a la mansión. Para cualquiera resultaría extraño que, con todo el amor indulgente que albergaba por su hija, ni siquiera se le ocurriera verla. Para decirlo con las palabras de sus aprendices, se transformó en un hombre poseído por un zorro. El rumor que circuló en esa época afirmaba que había podido conseguir fama y renombre por las promesas que le había hecho a Reynard, el dios de la buena fortuna.

"Si quiere tener una prueba concluyente", dijo alguien, "échele un vistazo mientras está trabajando, y podrá ver los turbios espíritus de los zorros apiñados a su alrededor".

Una vez que empuñaba el pincel, se olvidaba de todo lo que no fuera su trabajo. Día y noche se lo pasaba encerrado en su estudio, casi sin salir a luz del sol. Ese grado de concentración en su obra era aún más extraordinario mientras pintaba el biombo del infierno.

Encerrado en el estudio con los postigos permanentemente cerrados, mezclaba sus colores secretos y, vistiendo a sus aprendices con atavíos de gala o con ropas sencillas, los retrataba con gran cuidado.

Pero estas peculiares rarezas eran usuales en él. No habría sido imprescindible el biombo del infierno para inducirlo a tales excentricidades extremas. Mientras trabajaba en otra pintura, *Las cinco fases de la transmigración de las almas*, se topó con unos cadáveres que se pudrían en la calle. Entonces, sentándose con toda calma frente a los malolientes despojos, de los que cualquier otro pintor habría desviado los ojos, hizo precisos bocetos, perfectamente a sus anchas, de los rostros y los miembros descompuestos, hasta en sus más mínimos detalles. Me temo que esto que he contado no expresa claramente la idea de su extrema concentración. En este momento no puedo relatarlo en detalle, pero sí daré algunos de los ejemplos más notables.

Una vez uno de sus aprendices estaba mezclando colores cuando Yoshihide dijo abruptamente:

—Ahora quiero tomarme un descanso. Durante algunos días he tenido malos sueños.

—¿De veras, señor? —le respondió formalmente el aprendiz sin interrumpir su trabajo. No era algo inusual en el caso de su maestro.

—A propósito —dijo el artista, expresando un pedido bastante modesto—, quiero que te sientes junto a mi cama mientras descanso.

—Muy bien, señor—replicó el aprendiz, ya que no esperaba que el pedido conllevara ningún problema, aunque le pareció extraño que su maestro se preocupara por sus malos sueños.

—Ven conmigo a mi cuarto interior. Aun cuando se presente algún otro aprendiz, no le permitas entrar —ordenó el maestro de modo vacilante, todavía con aspecto angustiado. El cuarto interior era su estudio.

En esa ocasión, como de costumbre, su estudio estaba cerrado a cal y canto, y las lámparas parpadeaban débilmente como si fuera de noche. Sobre las paredes de la habitación estaba apoyado el biombo, sobre el que se veía ya un boceto hecho en carbón. Al entrar, el artista se fue a dormir tranquilamente como si estuviera extenuado. Pero su sueño no había durado media hora cuando los oídos del aprendiz percibieron una voz indescriptiblemente extraña y pavorosa.

VIII

Al principio era sólo una voz. Pero pronto se convirtió gradualmente en palabras inconexas que emergían como el gemido de un hombre que se ahogara en las aguas. "¿Qué? ¿Me dices que vaya?... ¿Adonde?... ¿Ir adonde?... ¿Quién es el que me dice 'Ven al infierno. Ven al ardiente infierno'? ¿Quién es? ¿Quién podría ser más que...?"

El aprendiz se olvidó de mezclar los colores y echó un furtivo vistazo al rostro de su maestro. La cara arrugada se había tornado pálida, y estaba perlada de grandes gotas de sudor. Tenía la boca muy abierta como si se debatiera por aire, y sus escasos dientes se revelaban entre los labios secos. Esa cosa que se movía bruscamente dentro de su boca como si estuviera tironeada por un hilo o un cable, era su lengua. Las palabras inconexas, por supuesto, surgían de su boca. "Mmm, eres tú. Esperaba que fueras tú... ¿Has venido a reunirme conmigo?... Ven, entonces. Ven al infierno. En el infierno me espera mi hija".

El aprendiz quedó petrificado de miedo; un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando le pareció ver un oscuro y pavoroso fantasma que se acercaba desde el biombo. De inmediato posó una mano sobre Yoshihide y con toda su fuerza trató de arrancarlo de las garras de la pesadilla. Pero, en trance, su maestro siguió hablando consigo mismo y no despertó. Así que el aprendiz reunió el coraje para echar el agua de la paleta sobre el rostro del maestro.

"Te estaré esperando, ven con ese carruaje. Lleva ese carruaje al infierno". Estas palabras, estranguladas en su garganta, apenas se expresaron bajo la forma de un gemido cuando Yoshihide saltó súbitamente como si lo hubieran pinchado con una aguja. Los malos espíritus de su sueño seguramente aún rondaban sus párpados. Por un momento miró fijamente el espacio con la boca aún muy abierta.

Luego, recobrando la compostura, ordenó con brusquedad:

—Todo está bien ahora. Vete, ¿quieres?

Si el aprendiz hubiera planteado alguna objeción, sin duda se habría ganado una buena reprimenda. Así que abandonó con premura la habitación del maestro. Cuando salió al aire libre, a la afable luz del sol, se sintió tan aliviado como si él mismo hubiera despertado de una pesadilla.

Pero ese episodio no fue el peor. Un mes más tarde, otro aprendiz fue llamado al estudio. Yoshihide, quien había estado mordisqueando su pincel, se volvió hacia él y le dijo:

—Te pido que te desnudes.

Como el artista había dado esa orden de tanto en tanto, el aprendiz se quitó las ropas de inmediato.

—No he visto a nadie atado con cadenas y entonces, lo lamento, ¿pero harás lo que te diga durante un rato? —dijo Yoshihide con frialdad, con una extraña expresión ceñuda en el rostro, sin ningún aire de lamentarlo en absoluto.

El aprendiz era por naturaleza un joven de físico tan corpulento que podría haber blandido una espada con más desenvoltura que un pincel. No obstante, estaba absolutamente atónito, y al referirse más tarde al episodio, repitió varias veces: "Temí que el maestro se hubiera vuelto loco y estuviera a punto de matarme". Yoshihide se impacientó al ver que el aprendiz vacilaba. Empuñando unas cadenas de hierro que tenía guardadas en alguna parte, saltó sobre la espalda del joven y, sujetándole perentoria y violentamente los brazos, se los ató apretadamente. Después dio un súbito tirón a uno de los extremos de la cadena, con una fuerza tan cruel que el aprendiz cayó al suelo debido al súbito impacto del fuerte empujón y a la insoportable garra de la cadena.

IX

En ese momento, el aprendiz parecía un tonel de vino caído de lado. Todos sus miembros estaban tan cruelmente doblados y retorcidos que sólo podía mover la cabeza. La tensión de la cadena le había cortado la circulación sanguínea, y su rostro, pecho y miembros se tornaron inmediatamente lívidos. Sin embargo, Yoshihide no prestó la menor atención a su dolor y, caminando en torno del cuerpo encadenado hizo muchos bocetos del modelo. No hace falta decir el espantoso tormento que padeció el aprendiz debido a las cadenas que lo sujetaban.

Si nada hubiera ocurrido en ese momento, su sufrimiento habría continuado. Afortunadamente —o sería más apropiado decir desafortunadamente—, al cabo de un rato una delgada franja de algo se deslizó, centelleante, hasta situarse frente a la punta de la nariz del aprendiz que, sobrecogido de temor, contuvo el aliento y chilló:

—¡Una serpiente! ¡Una serpiente!

El aprendiz me contó que había sentido que toda la sangre de su cuerpo se le congelaba en las venas. La serpiente estaba verdaderamente a punto de tocar con su lengua fría la piel del cuello del muchacho, torturada por la cadena. Ante ese acontecimiento imprevisto, el desalmado Yoshihide sin duda debe de haberse sobresaltado. Arrojo con premura su

pincel, se agachó y aferrando a la serpiente por la cola la suspendió cabeza abajo. Así suspendida, la serpiente alzó la cabeza y se enroscó sobre su propio cuerpo, pero no pudo alcanzar la mano de Yoshihide.

—¡Vete al infierno, condenada serpiente! ¡Arruinaste una buena pincelada!

Exasperado, Yoshihide dejó caer el reptil en el tarro que había en un rincón del cuarto, y con reticencia desamarró la cadena que inmovilizaba al aprendiz. Pero no hizo más que desencadenar al pobre muchacho, sin dirigirle ni una palabra de disculpas o de consideración. Para él, el fracaso de su pincelada debe de haber sido más penosa que el hecho de que su aprendiz hubiera sufrido la mordedura de la serpiente. Más tarde me dijeron que tenía la serpiente para el expreso propósito de hacer bocetos de ella.

Al oír el relato de estos episodios, podremos hacernos una buena idea del siniestro y demencial grado de concentración de Yoshihide. Para terminar, quiero contar otra historia sobre la manera en que, durante la pintura del biombo del infierno, un aprendiz de trece o catorce años pasó por una experiencia tan espantosa que casi le costó la vida. Se trataba de un muchacho apuesto, con cara de niña. Una noche Yoshihide lo llamó a su habitación y allí, a la luz de la lámpara, vio a su maestro que alimentaba a un extraño pájaro con carne cruda, ofreciéndosela en la palma de su mano. El pájaro tenía el tamaño de un gato doméstico. Tenía ojos redondos, de color ámbar, y unas plumas con forma de oreja sobresalían a cada lado de su cabeza, todo lo cual le daba una apariencia extraordinariamente semejante a un gato.

X

Por naturaleza Yoshihide odiaba cualquier intromisión exterior en lo que estuviera haciendo. Tal como ocurrió en el caso de la serpiente, jamás permitía que sus aprendices supieran lo que se proponía hacer. Sobre su mesa había a veces cráneos humanos, y otras veces cuencos de plata o vajilla laqueada. Los objetos sorprendentes que colocaba sobre su mesa variaban según lo que estuviera pintando. Nunca nadie pudo averiguar dónde guardaba esas cosas. Es de suponer que esas circunstancias deben de haber reforzado el rumor de que el pintor gozaba de la protección divina de la Gran diosa de la Fortuna. De manera que cuando el aprendiz vio a la extraña criatura, pensó que debía de ser también uno de los modelos para su obra del infierno, y preguntó

—¿Qué necesitas, señor? —e hizo una respetuosa reverencia ante su maestro.

—¡Mira qué dócil es! —dijo el pintor, relamiéndose los labios rojos, como si no hubiera oído la pregunta.

—¿Cuál es el nombre de esta criatura, señor? Nunca he visto una igual.

Con estas palabras, el aprendiz miró con fijeza al pájaro semejante a un gato, cuyas orejas se erguían de manera siniestra.

—¿Qué? ¿Nunca viste algo así? Ése es el problema con la gente criada en la ciudad. Debería conocer más. Es un pájaro llamado lechuza enastada. Un cazador de Kurama⁷ me lo dio hace unos días. Te aseguro que no hay muchos tan mansos como éste.

Con estas palabras, alzó lentamente una mano y acarició las plumas del lomo de la lechuza, que acababa de tomar el alimento. Justo en ese momento, con un chillido agudo y ominoso, voló súbitamente de la mesa, y con las garras de ambas patas extendidas cayó sobre el aprendiz. Si en ese momento el muchacho no hubiera alzado un brazo y ocultado su rostro en la manga, habría resultado gravemente herido. Soltando un grito de temor, intentó deshacerse frenéticamente de la lechuza enastada. Pero el gran pájaro, aprovechando los momentos en que el aprendiz bajaba la guardia, siguió descerrajándole picotazos. El muchacho, olvidando la presencia de su maestro, corría de un extremo a otro de la habitación completamente perturbado, poniéndose de pie para defenderse y sentándose para procurar ahuyentar al pájaro. Éste lo seguía de cerca y durante los momentos en los que su víctima

⁷ Kurama es una aldea de los suburbios de Tokio.

quedaba desprotegida se abalanzaba como una flecha sobre sus ojos. El feroz batir de sus alas provocaba unos efectos misteriosos, como el aroma de hojas muertas, el rocío de una cascada o el hedor del vino de mono⁸ rancio. El aprendiz se sentía tan indefenso que la débil luz de la lámpara de aceite le parecía la brumosa luz de la luna, y la habitación de su maestro un espectral valle oculto en las profundidades de las remotas montañas.

Sin embargo, no sólo los ataques de la lechuza sobrecogían de terror al aprendiz. Lo que colmaba de espanto su corazón era la actitud de Yoshihide. Durante todo ese tiempo el maestro había estado contemplando con frialdad la caótica y trágica escena mientras bosquejaba tranquilamente, en una hoja de papel que había desenrollado deliberadamente, la espectral escena del niño de aspecto femenino torturado y desfigurado por el siniestro pájaro. Cuando el muchacho pudo ver por el rabillo del ojo lo que estaba haciendo su maestro, un escalofrío de mortal horror le recorrió el cuerpo, y empezó a esperar que en cualquier momento el pintor lo matara.

XI

De hecho, era posible que su maestro hubiera planeado matarlo, ya que esa noche llamó deliberadamente al aprendiz para llevar a cabo su diabólico proyecto de soltar contra el joven la lechuza y pintarlo mientras el bello aprendiz corría aterrorizado por la habitación. Así, en el momento en que el muchacho advirtió cuál era la intención de su maestro, involuntariamente ocultó el rostro en las mangas de su túnica y, tras emitir un grito salvaje e indescriptible, se desplomó al pie de una puerta corrediza en un extremo de la habitación. Justo en ese momento algo cayó al suelo con un gran estrépito. Luego, repentinamente, el batir de las alas de la lechuza se tornó más violento que nunca y Yoshihide, soltando un grito de alarma, pareció haberse puesto de pie. Aterrado hasta perder el juicio, el aprendiz levantó la cabeza para ver lo que ocurría. La habitación estaba completamente a oscuras, y oyó en la negrura la voz irritada y dura de su maestro llamando a un aprendiz.

Luego se oyó la respuesta distante de otro de los aprendices, quien apresuradamente llegó con una lámpara. La velada luz reveló que el estante de la lámpara había sido derribado y que se había formado un charco de aceite sobre las esteras, donde la lechuza se sacudía de dolor, agitando tan sólo una de sus alas. Yoshihide, incorporándose a medias, masculló algo incomprensible para cualquier mortal... y con sobrados motivos. Una serpiente negra se había enroscado estrechamente alrededor del cuerpo de la lechuza enastada, desde el cuello hasta las alas. Este feroz combate había empezado presumiblemente porque el aprendiz había volcado la vasija al acurrucarse bruscamente, y la lechuza había tratado de inmovilizar en sus garras y picotear a la serpiente que se había deslizado fuera de su prisión. Los dos aprendices, intercambiando miradas atónitas, habían estado contemplando esa estremecedora contienda durante un cierto lapso antes de inclinarse humildemente ante su maestro y escurrirse fuera de la habitación. Nadie sabe qué ocurrió con la serpiente y la lechuza después de eso.

Hubo muchas oportunidades semejantes. Como ya he dicho, fue a principios del otoño que el pintor recibió del Gran Señor la orden de pintar el infierno sobre el biombo. Desde entonces hasta el final del invierno, los aprendices estuvieron en constante peligro debido a la misteriosa conducta de su maestro. Hacia fines del invierno, Yoshihide llegó a una suerte de punto muerto de su trabajo sobre el biombo. Su carácter se tornó más sombrío que nunca y sus palabras se hicieron más duras y bruscas. No avanzaba en el primer boceto, del que ya había completado un ochenta por ciento. Parecía tan insatisfecho que posiblemente no habría vacilado siquiera en borrar todo el primer boceto.

Nadie podía ver cuál era el problema de la obra. Y tampoco nadie se preocupó por averiguarlo. Los aprendices, que habían aprendido de las experiencias pasadas, pagando un

⁸ El vino de mono es el producido por la fermentación natural de uvas recogidas por monos.

amargo precio, se cuidaron muy bien de permanecer alejados de su maestro, como si sintieran que estaban en la misma jaula con un tigre o un lobo.

XII

Por lo tanto, durante un tiempo no se había producido ningún acontecimiento especialmente digno de mención. Lo único que merece destacarse es que Yoshihide, viejo obstinado, se tornó tan extrañamente lacrimoso que a veces incluso lloraba cuando no había nadie cerca. Un día, cuando uno de los aprendices salió al jardín encontró a su maestro con los ojos llenos de lágrimas, mirando con ojos ausentes el cielo que indicaba ya la proximidad de la primavera. Más avergonzado e incómodo que su maestro, el aprendiz se alejó sigilosamente sin decir una palabra. ¿No es raro que un hombre de corazón duro, capaz de tomar a los cadáveres de la calle de modelo para sus bocetos, llorara como un niño porque no podía encontrar un tema adecuado para pintar el biombo?

Mientras Yoshihide estaba tan absorto en la pintura del biombo, su hija fue entristeciéndose gradualmente al punto de que resultaba evidente para todos que se esforzaba por contener las lágrimas. Como era una recatada joven de rostro bello, calmo y compuesto, se la veía aún más sola y desconsolada, con sus ojos llorosos sombreados por densas pestañas. Al principio se plantearon varias conjeturas sobre el motivo de su estado de ánimo, tales como "está siempre abstraída en sus pensamientos porque echa de menos a su padre y a su madre", "está enferma de amor", y cosas por el estilo. Sin embargo, con el transcurso del tiempo empezó a circular el rumor de que el Gran Señor intentaba obligarla plegarse a sus deseos. A partir de ese momento, la gente dejó de hablar de la muchacha como si se hubiera olvidado totalmente del asunto.

Más o menos en esa época, una noche, a altas horas, yo paseaba solo por el corredor cuando de repente el mono Yoshihide se me acercó como un bólido y tironeó persistentemente el ruedo de mi túnica. Si recuerdo bien, era una noche templada inundada por una luz lunar tan apacible que parecía cargada de la fragancia dulce de las flores de ciruelo. A la luz de la luna pude ver que el mono mostraba sus dientes blancos, arrugando la nariz, y gritando con tanto frenesí como si se hubiera vuelto loco. Sentí un treinta por ciento de extrañeza y un setenta por ciento de enojo, y al principio deseé deshacerme de él con un puntapié y seguir mi camino. Pero, al reflexionar, pensé en el caso del samurai que había provocado el desagrado del joven señor por castigar al mono. Sin embargo, la conducta del animal sugería que ocurría algo fuera de lo común. Así que caminé a desgano durante unos diez metros en la dirección en la que él me empujaba.

Giré por el corredor y llegué hasta su extremo, que dejaba ver, a través de las armoniosas ramas del pino, el bello espectáculo del amplio estanque que centelleaba como cristal en la noche. Entonces llegó a mis oídos el sonido de una confusa lucha en la habitación contigua. Todo estaba tan silencioso como un cementerio, y en la débil luz que procedía a medias de la luna y a medias de la bruma, no se oía nada más que el chapoteo de los peces. Instintivamente me detuve y me dirigí sigilosamente hacia las puertas corredizas, listo para propinar unos buenos golpes si llegara a toparme con revoltosos o alborotadores.

XIII

El mono Yoshihide debe de haber sentido impaciencia ante mi actitud. Gimiendo tan lastimeramente como si lo estuvieran estrangulando, correteó entre mis piernas un par de veces y súbitamente saltó sobre mis hombros. Instintivamente volví la cabeza para esquivar sus zarpas, mientras el mono se aferraba a la manga de mi túnica para no resbalar. Sin pensarlo, me tambaleé involuntariamente unos pasos y tropecé con la puerta corrediza. Eso acabó con mi vacilación. Abrí bruscamente la puerta, decidido a entrar en el recinto al que la luz de la luna no llegaba. Entonces, para mi gran sobresalto, mi visión quedó bloqueada por el

cuerpo de una joven que salió huyendo de la habitación como si hubiera sido despedida por un resorte. En su ímpetu, casi chocó conmigo mientras salía del cuarto. No sé por qué, pero se arrodilló allí y levantó la vista hasta mi rostro, sin aliento, temblando como si aún siguiera viendo algo espantoso.

Casi no necesito decir que se trataba de la hija de Yoshihide. Pero esa noche se veía tan extraordinariamente atractiva que su imagen quedó indeleblemente grabada en mis ojos como si fuera un ser diferente. Sus ojos centelleaban, sus mejillas estaban teñidas de un rubor rosado. Su falda y su ropa interior, en desarreglo, añadían a su juventud en flor un encanto irresistible ajeno a su naturaleza inocente. ¿Era ésta verdaderamente la hija del pintor, tan pudorosa y delicada en todos los aspectos? Apoyándome en la puerta, contemplé a la bella joven bajo la luz de la luna. Luego, advirtiendo súbitamente los presurosos pasos de un hombre que se resguardaba en la oscuridad, dije, como si lo estuviera señalando:

—¿Quién es?

La joven, mordiéndose los labios, tan sólo meneó silenciosamente la cabeza. Parecía llena de pesadumbre.

De modo que me incliné, acerqué mi boca a su oído y pregunté:

—¿Quién era? —en voz muy baja. Pero ella volvió a menear la cabeza y no me dio respuesta. Con los ojos llenos de lágrimas, se mordía los labios con mayor fuerza aún.

A causa de mi estupidez congénita, no puedo entender nada que no sea tan claro como el día. Por eso, sin saber qué decir, permanecí clavado en el lugar, como si pretendiera escuchar el apresurado latido del corazón de la muchacha. No tuve corazón para seguir interrogándola.

No sé cuánto tiempo me quedé esperando. Sin embargo, tras cerrar la puerta que había dejado abierta, volví a dirigir la mirada hacia la muchacha, que parecía haberse recobrado un poco de su agitación, y con tanta suavidad como pude le dije:

—Ahora vuelve a tu habitación.

Turbado por la inquietud de haber visto algo que no debía haber visto, y sintiéndome avergonzado —no sabía de qué—, empecé a caminar hacia el lugar de donde había venido. Pero no había hecho diez pasos cuando alguien, tímidamente, desde atrás, volvió a dar unos tironcitos al ruedo de mi túnica. Sorprendido, me volví. ¿Quién creen que era?

Era el mono Yoshihide, que inclinó repetidamente la cabeza para expresar su gratitud, apoyando las manos en el suelo como un hombre, mientras su campanilla de oro tintineaba.

XIV

Dos semanas más tarde, Yoshihide el pintor se presentó en la mansión del Gran Señor y rogó que éste lo atendiera. El Señor, a quien habitualmente era difícil acceder, le concedió graciosamente una audiencia, y ordenó que lo condujeran enseguida ante su presencia, probablemente porque el pintor gozaba del favor del noble, a pesar de ser hombre de humilde rango. Yoshihide vestía, como siempre, una túnica amarilla y una gorra. Con una expresión más ceñuda que la habitual, se prosternó respetuosamente ante el Señor. Al poco tiempo alzó la cabeza y dijo con voz ronca:

—Tal vez complazca a Su Señoría que le dé noticias sobre el cuadro del infierno que tuvo a bien encomendarme pintar sobre el biombo. Me he aplicado día y noche a la pintura, y estoy a punto de acabar el trabajo.

—¡Enhorabuena! Me complace oírlo.

Sin embargo, la voz del Gran Señor carecía de convicción.

—No, mi señor. No corresponde felicitarme—dijo Yoshihide, bajando la voz como si estuviera colmado de insatisfacción—. Está casi terminado, pero hay algo que no puedo pintar.

—¿Cómo! ¿Hay algo que tú no puedes pintar?

—Sí, señor. En general, puedo pintar cualquier cosa que haya visto. En otro caso, por más que me esfuerce, no puedo pintar satisfactoriamente. Y eso es como decir que no puedo pintar.

—Eso significa que ahora que debes pintar el infierno, debes haberlo visto, ¿verdad? — En la cara del Gran Señor asomó una sonrisa despectiva.

—Así es señor. Hace unos años, cuando hubo un gran incendio, pude ver con mis propios ojos un infierno de llamas rugientes. Por eso pude pintar el cuadro del Dios de las Llamas Rugientes. Su Señoría conoce también ese cuadro.

—¿Y qué pasa con los criminales? No has visto prisioneros todavía, ¿verdad?

El Gran Señor continuó formulando pregunta tras pregunta como si no hubiera oído lo que le había dicho Yoshihide.

—He visto hombres encadenados. He hecho detallados bocetos de los atormentados por aves ominosas. Tampoco diré que no estoy familiarizado con los criminales condenados a tortura, y con prisioneros. . . —En este punto, Yoshihide esbozó una extraña sonrisa. — Dormido o despierto se han aparecido ante mis ojos con frecuencia. Casi cada noche y cada día me persiguen y atormentan demonios con cabeza de toro, con cabeza de caballo o demonios trifrontes y de seis brazos, aplaudiendo con sus manos silentes y abriendo sus bocas sin voz. A esos puedo pintarlos, pero no ansío hacerlo.

Las palabras de Yoshihide deben de haber causado gran asombro al Gran Señor. Tras clavar su mirada irritada en el rostro del pintor, el Gran Señor le espetó:

—Entonces, ¿qué es lo que no puedes pintar? —y le lanzó una mirada desdeñosa, frunciendo el entrecejo.

XV

—Estoy ansioso por pintar en el centro mismo del biombo el espléndido carruaje de un noble, en el momento de despeñarse, en mitad de su caída —dijo Yoshihide, y por primera clavó una mirada penetrante directamente en los ojos del Gran Señor.

Una vez oí decir que cuando hablaba de sus cuadros, el pintor parecía un demente. Sin dudas, mientras hablaba, una mirada horrible se instalaba en sus ojos.

—Permite que te describa el carruaje —continuó—. En ese vehículo, una elegante dama cortesana, en medio de las atroces llamas, se retuerce en una agonía de dolor, con su negro cabello suelto cubriéndole los hombros. Alrededor del carruaje, en el aire, revolotea una veintena de pájaros ominosos, haciendo chasquear sus picos... Oh, ¿cómo haré para pintar a esa dama de la corte en el carruaje en llamas?

—Mmm... ¿Y entonces?...

Extrañamente, el Gran Señor instó a Yoshihide a seguir hablando, como si eso lo complaciera.

—Oh, no puedo pintarlo —repitió Yoshihide una vez más con tono lóbrego, mientras sus febriles labios rojos temblaban. Pero súbitamente su actitud cambió y, con total seriedad, pronunció febrilmente un audaz pedido con tono cortante y animado: —Por favor, señor, incendia ante mis ojos el carruaje de un noble, y si es posible...

El rostro del Gran Señor se ensombreció por un instante, pero de repente soltó la carcajada.

—Se te concederán todos tus deseos —declaró el noble, casi sofocado por la risa—. No te molestes en preguntar si es posible.

Sus palabras llenaron de horror mi corazón. Tal vez tuve un presentimiento. De todas maneras, la conducta del Gran Señor fue en esa oportunidad algo muy extraordinario, como si se hubiera contagiado de la locura de Yoshihide. En las comisuras de sus labios apareció un poco de espuma blanca, y sus cejas se agitaban en un violento temblor.

—Sí, incendiaré el carruaje de un noble. —Hizo una pausa mientras persistía su incesante risotada. —Una encantadora mujer vestida como una dama de la corte irá a bordo del

carruaje. Retorciéndose en medio de las mortíferas llamas y el negro humo, la dama del carruaje morirá en su tormento. Tu sugerencia de encontrar un modelo para tu cuadro te hace justicia y es digna del más grande pintor del país. Te alabo. Te colmo de alabanza.

Ante las palabras del Gran Señor, Yoshihide había palidecido y había intentado mover sus labios durante quizás un minuto cuando posó las manos sobre las esteras que cubrían el suelo, como si todos sus músculos se hubieran distendido, y dijo con toda cortesía:

—Te lo agradezco infinitamente, señor —con voz tan suave que fue apenas audible.

Probablemente, con las palabras del Gran Señor el horror del proyecto que había concebido se instaló con toda vividez en su mente. Fue la única vez en mi vida que pensé en Yoshihide como en una criatura digna de lástima.

XVI

Pocos días más tarde, una noche el Gran Señor mandó llamar a Yoshihide para que viera con sus propios ojos cómo ardía el carruaje de un noble. Sin embargo, el hecho no se produjo en las cercanías de la mansión del Gran Señor en Horikawa. El carruaje fue incendiado en su villa de los suburbios montañosos, llamada comúnmente la mansión de Yuge [Deshielo], en la que antes había vivido su hermana.

Esta residencia había estado deshabitada durante largo tiempo, y los espaciosos jardines habían caído en un estado de ruinoso deterioro. En esos días circulaban extraños rumores sobre la difunta hermana del Gran Señor. Algunos decían que en las noches sin luna solían verse sus misteriosas faldas de color carmesí que se movían por los corredores sin rozar el suelo. Sin duda, esos rumores eran descabelladas especulaciones que habían sido echadas a rodar por todos aquellos que habían tenido oportunidad de advertir el completo abandono que reinaba en la mansión. Pero no es raro que circularan esos rumores, ya que todo el vecindario era tan solitario y desolado incluso durante el día, que después del anochecer hasta el murmullo del agua que corría por los jardines sólo servía para intensificar la atmósfera lúgubre y sombría, y las garzas que volaban bajo la luz de las estrellas podían confundirse naturalmente con pájaros de mal agüero.

Esa noche todo estaba absolutamente oscuro, sin luz de luna. A la luz de los faroles se veía que el Gran Señor, ataviado con una brillante túnica verde y un faldón violeta oscuro, estaba sentado cerca de la galería. Tenía las piernas cruzadas sobre una estera orlada de brocado blanco. Ante él y a sus espaldas, y a su izquierda y su derecha, cinco o seis samurais estaban apostados a su servicio. Uno de ellos se destacaba conspicuamente. Pocos años antes, durante la campaña del distrito de Tohoku, había comido carne humana para mitigar su hambre. Eso le había proporcionado una fuerza tan hercúlea que podía arrancarle los cuernos a un ciervo vivo. Ataviado con armadura, se erguía con gran dignidad bajo la galería con la punta de su espada envainada dirigida hacia arriba. La desvaída y espectral escena, que se brillantaba y se oscurecía cuando la llama de los faroles parpadeaba con cada ráfaga del viento nocturno, me hizo preguntarme si estaba dormido o despierto.

Cuando un magnífico carruaje fue arrastrado al jardín, haciendo su imponente aparición en la oscuridad, con sus grandes varas colocadas en el chasis y sus adornos y herrajes de metal dorado centelleando como estrellas, todos experimentamos un súbito escalofrío, aunque estábamos en primavera. El interior del carruaje estaba densamente cerrado con cortinas azules, bordadas en relieve, de manera que no pudimos ver qué había adentro. Alrededor del vehículo, una cantidad de sirvientes, cada uno de ellos con una antorcha ardiente, esperaban atentamente, preocupados por el humo que flotaba en dirección a la galería.

Yoshihide estaba de rodillas en el suelo, con el rostro vuelto hacia la galería justo frente al señor. Vestido con una prenda de color crema y su gorro blando, parecía más pequeño y familiar de lo habitual, como si estuviera aplastado por la opresiva atmósfera del cielo estrellado. El hombre acuclillado a sus espaldas, vestido de manera similar, era

presumiblemente su aprendiz. Como estaban un poco alejados, dentro del cono de oscuridad, ni siquiera se veía con claridad el color de sus ropas.

XVII

Era cerca de medianoche. La oscuridad que envolvía el bosquecillo y el arroyo parecía escuchar, callada, la respiración de los presentes. Mientras tanto, el suave viento llevaba hacia nosotros el olor acre de las antorchas. El Gran Señor había estado contemplando en silencio esa escena extraordinaria durante un rato cuando se adelantó y llamó con voz brusca:

—Yoshihide.

Yoshihide pareció decir algo como respuesta, pero lo que percibieron mis oídos sonó apenas como un gruñido.

—Esta noche incendiaré el carruaje tal como me pediste —dijo el Gran Señor, mirando con desdén a sus asistentes. Después vi que el Gran Señor cambiaba con sus asistentes una mirada significativa. Pero bien pudo ser pura fantasía mía. Yoshihide parecía haber alzado su cabeza respetuosamente, pero no dijo nada.

—¡Ahí tienes, mira! Ése es el carruaje en el que habitualmente me traslado. Lo conoces, ¿verdad, Yoshihide? Ahora, según tu deseo, le prenderé fuego y daré vida a un ardiente infierno en la Tierra, ante tus propios ojos.

El señor hizo otra pausa, y tras cambiar una vez más miradas cómplices con sus asistentes, siguió hablando con tono de desagrado.

—En el carruaje hay una criminal, sujeta con cadenas. Si se incendia, estoy seguro de que su carne se achicharrará y se calcinarán sus huesos, y morirá retorciéndose en espantosa agonía. No puedes tener mejor modelo para terminar tu obra. No te pierdas el espectáculo de su piel blanca como la nieve quemada y carbonizada. Observa atentamente cómo danza y se eriza su cabello negro entre las chispas del fuego infernal.

El Gran Señor cerró la boca por tercera vez. No sé qué idea pasó por su cabeza. Después, mientras sus hombros se sacudían en una risa silenciosa, dijo:

—Esta escena será legada a la posteridad. Yo también la contemplaré ahora, aquí. Vamos, alcen las cortinas y permitan que Yoshihide vea a la mujer que está dentro.

Ante esta orden, uno de los sirvientes, sosteniendo en alto una antorcha en una mano, avanzó a grandes zancadas hacia el carruaje y, extendiendo la mano libre, levantó rápidamente las cortinas. La centelleante luz roja de su antorcha flameó bruscamente con un chasquido, y de pronto iluminó el pequeño recinto con brillo deslumbrante, revelando en el asiento la figura de una mujer cruelmente encadenada. Oh, ¿quién hubiera podido confundirla? Aunque estaba ataviada con un espléndido quimono de seda bordado con un diseño de flores de cerezo, y las hebillas de oro resplandecían en el cabello suelto sobre sus hombros, el hecho de que era la hija de Yoshihide se hacía evidente e inconfundible al ver su esbelto cuerpo de doncella, su perfil adorable y el encanto pudoroso y lleno de gracia. Casi no pude reprimir un grito de protesta.

En ese momento, el samurai que estaba frente a mí se incorporó y le lanzó una dura mirada a Yoshihide, con la mano en la empuñadura de su espada. Estupefacto, miré a Yoshihide, que parecía haberse sobresaltado hasta perder el juicio. Aunque había estado de rodillas, se incorporó de un salto y, extendiendo los brazos, intentó inconscientemente correr hacia el carruaje.

Sin embargo, como el pintor estaba en el cono de sombra, no pude distinguir su rostro con claridad. Pero éste permaneció en la oscuridad apenas un segundo. Pues de repente, su cara que se había vuelto blanca como el papel se tornó vívidamente visible, mientras su cuerpo parecía haber sido elevado en el aire por obra de algún poder invisible. Justo en ese momento, ante la orden del Gran Señor —¡Incéndienlo!—, una lluvia de antorchas arrojadas por los

sirvientes cayó sobre el carruaje, inundándolo con una oleada de luz refulgente, convirtiéndolo en una columna de violentas llamas.

XVIII

El fuego envolvió todo el chasis en cuestión de segundos. En el instante en que las borlas moradas del techo, atizadas por el súbito viento, se agitaron hacia arriba, enormes columnas de humo se elevaron en espiral contra la negrura del cielo, y las rugientes chispas de fuego danzaron en el aire, hasta que las cortinas de bambú, las colgaduras de ambos costados y los adornos metálicos del techo estallaron convertidos en bolas de fuego que se dispararon hacia el cielo. El brillante color de las lenguas de rugiente fuego, que se elevaban en el cielo llamas celestiales escupidas por el orbe celestial y caídas a la tierra. Yo estaba tan estupefacto y atontado, con la boca abierta, que no pude hacer más que contemplar ese horrible espectáculo como si estuviera en trance. Pero en cuanto al padre, Yoshihide...

Todavía hoy recuerdo el aspecto del pintor Yoshihide en ese momento. A pesar de sí mismo, intentó correr hacia el carruaje. Pero en el momento en el que las llamas se elevaron en toda su furia, se detuvo, y con los brazos extendidos, como magnetizado, clavó en el chasis ardiente una mirada tan intensa como para traspasar las llamas que bramaban y el denso humo que envolvía el vehículo. En el torrente de luz que bañaba todo su cuerpo, su feo rostro arrugado se veía en todo detalle, incluyendo la punta de su barba.

Sus ojos muy abiertos, sus labios crispados y el temblor de sus mejillas que no paraban de agitarse eran expresiones tangibles de la mezcla de terror, profunda pena y perplejidad que turbaban su mente. Ni un ladrón a punto de ser decapitado ni el más abyecto criminal arrastrado hasta el banquillo de los acusados de Yama habría tenido una expresión más dolorosa o agónica en el rostro. Al verlo, hasta el samurai de fuerza hercúlea se sintió consternado, y con todo respeto alzó la vista hacia la cara del Gran Señor.

El noble, sin embargo, mordiendo con fuerza los labios, clavó su mirada en el carruaje, esbozando de tanto en tanto una mueca siniestra. Dentro del carruaje... oh, cómo podría tener corazón o valor suficiente para hacer una descripción detallada de la muchacha que apareció ante mi vista dentro del carruaje. Su rostro encantador, que, ahogado por el humo, se replegaba, su cabello que se había soltado mientras ella intentaba librarse del fuego que cundía, y su bello quimono con el estampado de flores de cerezo, que se convirtió de inmediato en una llama... ¡qué cruel espectáculo! Muy pronto una ráfaga de viento nocturno empujó el humo hacia el otro lado, y cuando las chispas volaron como polvo de oro por encima de la hoguera rugiente, la muchacha desfalleció en medio de tan agónicas convulsiones que hasta las cadenas que la amarraban cedieron y se aflojaron. Por encima de todo, su atroz tortura infernal hecha cruda realidad ante nuestros propios ojos estremeció de horror el corazón de todos los presente, incluyendo al samurai, e hizo que se nos pararan los pelos de punta.

Luego una vez más creímos que el viento de la noche gemía entre las copas de los árboles. El sonido del viento apenas había ascendido al negro cielo —nadie supo hacia dónde— cuando algo negro rebotó como una pelota, sin tocar el suelo y sin volar por el aire, y cayó directamente desde el techo de la mansión al carruaje envuelto en llamas. En medio del enrejado de las celosías del carruaje, que se desmoronaba en pedazos, la cosa se aferró a los retorcidos hombros de la muchacha y a través de las cortinas de humo negro, soltó un prolongado y desgarrador chillido de intenso dolor, como el rasguído de la seda, y luego dos o tres gritos sucesivos.

Involuntariamente, todos lanzamos una exclamación de sorpresa. Lo que se aferraba a los hombros de la joven muerta, contra el telón de las llamas que rugían, era el mono que en la mansión de Horikawa habían apodado Yoshihide.

XIX

Pero el mono permaneció ante nuestra vista sólo unos pocos segundos. En el momento en que las chispas salieron disparadas hacia arriba como mil estrellas fugaces en el aire de la noche, la joven junto con el mono se hundieron hacia el fondo del arremolinado humo negro. Después, en medio del jardín sólo pudo verse el carruaje de fuego que ardía con un ruido atroz. Una columna de fuego podría haber sido la expresión que mejor podría describir las llamas turbulentas y enfurecidas que se elevaban al oscuro cielo estrellado.

Frente a la columna de fuego Yoshihide permanecía inmóvil, clavado a la tierra. ¡Qué maravillosa transfiguración había experimentado! El rostro arrugado de Yoshihide, torturado por las agonías del infierno un minuto antes, estaba iluminado por un misterioso resplandor, una suerte de dicha extática. Tenía los brazos estrechamente cruzados sobre el pecho, como si hubiera olvidado que se encontraba en presencia del Gran Señor. Sus ojos ya no parecían reflejar la imagen de la atroz muerte de su hija. Sus ojos parecían deleitarse intensamente en el bello color de las llamas y en la figura de la mujer retorciéndose en los últimos estertores de su agonía infernal.

Nuestro asombro no se alimentaba tan sólo del trance extático con el que el pintor observaba la agonía de su amada hija. En ese momento, Yoshihide trasuntaba algo que no era humano, una misteriosa dignidad como la ira del Rey León que uno puede ver en sus sueños. Tal vez haya sido nuestra imaginación. Pero a nuestros ojos, hasta las bandadas de aves nocturnas que, alarmadas por el fuego repentino, chillaban y clamaban volando en círculos, parecían revolotear muy cerca de la gorra de Yoshihide. Hasta los ojos de esos pájaros sin alma parecían advertir la misteriosa dignidad que resplandecía alrededor de su cabeza, como un halo.

Hasta los pájaros parecían notarlo. Mucho más nosotros, temblorosos, con aliento entrecortado, observábamos a Yoshihide detenidamente, nuestros corazones sobrecogidos de tal respeto y reverencia como si estuviéramos contemplando una nueva imagen budista en la ceremonia inaugural. El fuego y el humo del carruaje que se habían extendido en torno con un rugido, y Yoshihide, cautivado y petrificado por el espectáculo, infundieron en nuestros horrorizados corazones, por un momento, una misteriosa reverencia y una solemnidad indescriptibles. Sin embargo el Gran Señor, desgarrado por el horror mismo de la escena, estaba pálido y lívido como si fuera otra persona. Había espuma en las comisuras de su boca, jadeaba como un animal sediento y se aferraba estrechamente, con ambas manos, la rodilla cubierta por el faldón morado.

XX

La noticia de que el Gran Señor había hecho incendiar el carruaje se difundió por todas partes... sólo el cielo sabe quién fue el primero que relató el suceso. La primera pregunta que naturalmente se le ocurre a cualquiera es qué llevó al Gran Señor a quemar viva a la hija de Yoshihide. Se hicieron muchas especulaciones al respecto. Casi todo el mundo aceptó el rumor de que lo había hecho por venganza, porque su amor no había sido correspondido. Pero tal vez su intención más profunda haya sido castigar y corregir la perversidad de Yoshihide, quien ansiaba tanto pintar el biombo aun cuando ello implicara el incendio de un magnífico carruaje y el sacrificio de una vida humana. Eso fue lo que oí de la boca del propio Gran Señor.

Como la ansiedad de Yoshihide por pintar el biombo era tan grande, incluso en el momento en que vio con sus propios ojos a su hija quemarse hasta la muerte, algunos lo vilipendiaron por ser un demonio con forma humana, que no tenía escrúpulos de sacrificar su amor paterno en pos de su arte. El abad de Yokawa era uno de los más encarnizados defensores de esa opinión, y solía decir que cualquiera, por más talentoso que fuera en alguna

rama del arte o del saber, sería condenado al infierno si carecía de las cinco virtudes cardinales de Confucio: benevolencia, justicia, cortesía, sabiduría y fidelidad.

Un mes más tarde, cuando el biombo del infierno estuvo listo, Yoshihide llevó inmediatamente su obra a la mansión, y la presentó con gran reverencia ante el Gran Señor. El abad, que se encontraba allí en ese momento, lo había fulminado con la mirada desde el principio, con expresión de censura. Sin embargo, cuando desenrollaron la pintura, el abad por cierto quedó impresionado por el verismo de los horrores infernales, por la tempestad de fuego que caía del firmamento hasta el abismo del infierno.

—¡Maravilloso! —exclamó el abad a pesar suyo, propinándose un involuntario golpecito en la rodilla. Todavía hoy recuerdo que su exclamación provocó una forzada sonrisa del Gran Señor.

A partir de ese momento casi nadie, al menos en la mansión, habló mal del pintor porque, por raro que parezca, nadie, incluyendo a los que albergaban el odio más intenso contra Yoshihide, podía ver la pintura del biombo sin quedar impresionado por su misteriosa solemnidad o por el atroz verismo de las intensas torturas del llameante infierno.

Sin embargo, para entonces Yoshihide ya había dejado este mundo.

La noche del día siguiente a la finalización de su pintura sobre el biombo, se ahorcó colgando una soga de la viga de su habitación. Yoshihide, que sobrevivió a la prematura muerte de su única y amada hija, no halló en su corazón razones para seguir viviendo en esta tierra.

Su cuerpo sigue sepultado en un rincón de las ruinas de su casa. Sin embargo, con el transcurso de los años, el viento y la lluvia han desgastado la lápida que señala el sitio de su tumba, y el musgo la ha cubierto, confundiéndola en el olvido.

Los engranajes

1. Impermeable

Desde un balneario veraniego situado a cierta distancia, cargando con mi maleta, tomé un auto hasta la estación de la línea Tokaido⁹, en camino hacia la fiesta de bodas de un conocido. A cada lado del camino que recorría el auto había casi solamente pinos. Era dudoso que llegara a tiempo para alcanzar el tren que iba a Tokio. En el auto iba conmigo un peluquero. Era tan regordete como un durazno y lucía una barba corta. Como estaba preocupado por la hora, hablé con él de manera intermitente.

—Es raro. He oído que la casa de Fulano está embrujada incluso durante el día.

—*Incluso* durante el día.

Mirando por la ventanilla las distantes colinas de pinos bañadas por el sol de la tarde, procuré satisfacerlo con respuestas ocasionales.

—Pero no con buen tiempo, sin embargo. Me dijeron que el fantasma aparece casi siempre en días lluviosos.

—Me sorprende que sólo aparezca para mojarse los días de lluvia.

—¡No es broma, se lo aseguro!... Y dicen que el fantasma se presenta con un impermeable.

Con un bocinazo, el auto se detuvo en la estación. Me despedí del peluquero y entré. Como había imaginado, el tren había partido hacía apenas unos minutos. En un banco de la sala de espera, un hombre de impermeable miraba hacia el exterior con expresión ausente. Recordé la historia que acababa de escuchar. Pero la descarté, esbozando una leve sonrisa, y decidí ir a un café situado frente a la estación para esperar el próximo tren.

Era un café que apenas si merecía ese nombre. Me senté a una mesa del rincón y ordené una taza de cocoa. El hule encerado que cubría la mesa era una cuadrícula de delgadas líneas azules sobre fondo blanco. Pero en los bordes estaba deshilachado y sucio. Bebí la cocoa, que olía a sustancia animal, y observé a mi alrededor el café vacío. En la pared sucia había muchas tiras de papel pegadas, con el menú: "un bol de arroz con pollo y huevo", "chuletas", etcétera.

"Huevos frescos. Chuletas."

Las tiras de papel me hicieron advertir que me encontraba en el campo que rodeaba a la línea Tokaido. Aquí las locomotoras eléctricas pasaban en medio de sembradíos de coles y de trigo...

Casi atardecía cuando abordé el tren siguiente. Usualmente viajaba en segunda, pero decidí que sería más simple ir en tercera.

El tren estaba bastante atestado. Frente a mí y detrás había niñas de la escuela primaria que regresaban de una excursión a Oiso o algún sitio por el estilo. Mientras encendía un cigarrillo miré con detenimiento al grupo de estudiantes. Estaban de ánimo alegre. Y no paraban de parlotear, dirigiéndose a todos los pasajeros.

—Eh, señor Cameraman, ¿cómo es una escena de amor?

"El señor Cameraman", sentado frente a mí, que parecía participar de la excursión, logró eludir el tema. Pero una muchacha de catorce o quince años siguió disparándole una pregunta tras otra. Al advertir que tenía la nariz congestionada no pude evitar una sonrisa. Después había una niña de doce o trece años sentada en el regazo de una joven maestra; con una mano

⁹ La línea Tokaido es célebre por los grabados de Hiroshige y por el moderno tren bala; es la línea férrea principal que une Tokio y Osaka.

le rodeaba el cuello y con la otra le acariciaba la mejilla. Mientras charlaba con alguien se volvió hacia la maestra para decirle:

—Usted es bella, maestra. Tiene bonitos ojos, ¿sabe?

Me parecieron más adultas que niñas. Es decir, salvo porque mascaban cáscaras de manzanas y desenvolvían un caramelo tras otro... Pero una, que tenía aspecto de contarse entre las mayores, debe de haber pisado inadvertidamente el pie de un pasajero al pasar, y dijo, próxima a mí:

—Lo lamento muchísimo.

Sólo ella, más precoz que las demás, parecía más joven. Con el cigarrillo en la boca, no pude evitar sentirme ridículo por haber hallado alguna contradicción en eso.

El tren, con todas las luces encendidas, llegó finalmente a una estación de cierto suburbio sin que yo lo advirtiera. Me apeé y me encontré en el andén donde soplaban un viento frío, después crucé por un paso elevado y decidí esperar el tren local. Entonces vi al señor T., un hombre de empresa. Hablamos sobre la depresión, etc., mientras esperábamos. Naturalmente, el señor T. estaba mucho más familiarizado que yo con esa clase de problemas. Pero lucía un anillo con una turquesa que no tenía nada que ver con la depresión.

—Veo que tiene un tesoro allí.

—¿Esto? Tuve que comprárselo a un amigo que había estado trabajando en Harbin. Ahora las cosas se pusieron duras para él. Ya no está en la cooperativa.

Afortunadamente nuestro tren no iba muy lleno. Nos sentamos juntos y hablamos de diversos temas. El señor T. acababa de volver esa primavera de la oficina de su empresa en París. Así que hubo cierta tendencia a hablar de París. Historias sobre madame Caillaux, platos de cangrejo, el viaje al exterior de cierto príncipe...

—En Francia las cosas no están tan mal como creemos. Los franceses por naturaleza no son dados a pagar sus impuestos, y eso suele desembocar en despidos en el gabinete...

—Pero el franco ha caído en picada.

—Eso dicen los diarios. Pero cuando uno está en Francia se da cuenta de que consideran a Japón un país de inundaciones y terremotos, que son otras fuentes de problemas.

Justo en ese momento un hombre con impermeable ocupó el asiento frente a nosotros. Empecé a sentirme un poco raro y estuve a punto de contarle al señor T. la historia de fantasmas que me habían relatado unas horas antes. Pero él, inclinando la empuñadura de su bastón hacia la izquierda, y sin mover la cabeza, susurró:

—¿Ve esa mujer de allá? La del chal gris...

—¿La del peinado occidental?

—Sí, la que lleva el *furoshiki*¹⁰ bajo el brazo. Estaba en Karuizawa este verano. Muy emperifollada al estilo occidental.

Ahora se la veía bastante estropeada. Le eché un vistazo mientras hablaba con el señor T. En su rostro ceñudo había algo un poco demencial. Y de su *furoshiki* asomaba una esponja que parecía un leopardo.

—En Karuizawa lo pasaba en grande bailando con un joven norteamericano. Lo que se podría llamar muy moderna...

Para el momento en que T. y yo nos despedimos, el hombre de impermeable había desaparecido sin que yo me diera cuenta. Desde la estación, aún cargando la maleta, fui caminando hasta un hotel. La calle estaba flanqueada por enormes edificios. Mientras caminaba de pronto pensé en bosques de pinos. Y también había algo extraño en mi campo visual. ¿Algo extraño? Había engranajes semitransparentes que giraban sin cesar. Ya había tenido experiencias similares. Los engranajes crecieron hasta bloquear cualquier otra visión, pero sólo durante un momento, y después desaparecieron y se instaló una terrible jaqueca... era siempre lo mismo. El oculista al que consulté por esa cegadora visión me había dicho

¹⁰ Un gran cuadrado de tela que aún se usa mucho en Japón para llevar objetos, paquetes, etcétera.

muchas veces que fumara menos. Pero yo había empezado a ver los engranajes antes de los veinte años, cuando todavía no había empezado a fumar. Sintiendo que la cosa empezaba nuevamente, probé el ojo izquierdo tapándome el derecho. El ojo izquierdo estaba bien, como había previsto. Pero detrás del ojo derecho, cerrado, seguían girando innumerables engranajes. Al tener obstruida la visión de los edificios de la derecha, continué mi camino con dificultad.

Cuando llegué a la entrada del hotel los engranajes habían desaparecido. Pero no el dolor de cabeza. Dejé en el guardarropa el abrigo y el sombrero y reservé una habitación. Después telefoneé al editor de una revista y discutí temas de dinero.

La cena de la fiesta de bodas parecía haber empezado. Me senté en el extremo de una mesa y empecé a comer, provisto de cuchillo y tenedor. El novio y la novia y alrededor de cincuenta comensales más, sentados a la mesa principal en forma de U, parecían muy alegres. Pero yo empecé a sentirme más y más deprimido bajo las brillantes luces. Tratando de eliminar mi sensación me puse a charlar con el invitado más próximo. Era un anciano con melena de león. Además, era un famoso erudito dedicado a los clásicos chinos, cuyo nombre me resultaba familiar. Así que inconscientemente nuestra conversación derivó hacia los clásicos.

—¿Los *kylin* son, en suma, una especie de unicornios? Y *ho* el fénix...

Parloteando mecánicamente, de a poco creció en mí el deseo de ser destructivo, y no sólo alegué que Yao y Shun eran figuras ficticias, sino que afirmé que el autor de las *Crónicas de Lu* era de la dinastía Han. En este punto el erudito no pudo seguir reprimiendo su disgusto y, volviéndome la espalda, interrumpió mi charla con un gruñido más o menos como el de un tigre.

—Si Yao y Shun no hubieran existido, Confucio sería un mentiroso. Y los santos no pueden ser mentirosos.

Con eso acabó la charla. Otra vez me encontré jugueteando con el cuchillo y el tenedor sobre la carne que tenía en el plato. Entonces descubrí una diminuta criatura que se retorció en un borde de la carne. Me trajo a la memoria la palabra inglesa *worm*, gusano. Seguramente, como *kylin* y *ho*, también aludía a una bestia legendaria. Apoyé el cuchillo y el tenedor y observé, en cambio, el champán que me habían servido en la copa.

Cuando por fin acabó la cena, totalmente dispuesto a encerrarme en la habitación que había reservado, caminé por los pasillos vacíos. Me hicieron sentir más en una prisión que en un hotel. Pero afortunadamente, sin que me hubiera dado cuenta, mi dolor de cabeza casi había desaparecido.

Además de la maleta, habían dejado en la habitación mi abrigo y mi sombrero. Mi abrigo, colgado de la pared, se parecía mucho a mí, allí de pie, y de inmediato lo arrojé dentro del armario del rincón. Después, sentado ante el tocador, miré con resolución mi cara en el espejo. Se marcaban los huesos debajo de la piel. El gusano volvía a aparecer.

Abrí la puerta y volví al pasillo y caminé sin saber en qué esquina girar. Entonces, en una esquina camino al vestíbulo una lámpara alta con pantalla verde se reflejaba con claridad en una puerta vidriada. De alguna manera, eso tranquilizó mi mente. Me senté en una silla junto a ella y empecé a pensar sobre varias cosas. Pero eso duró apenas cinco minutos. Entonces advertí en el respaldo del sofá, junto a mí, colgado flojamente, un impermeable.

"Y encima ésta es la época más fría."

Mientras mi mente divagaba en esa vena, regresé por el pasillo. En la habitación de los camareros no había nadie a la vista. Pero un fragmento de la conversación que mantenían llegó a mis oídos mientras pasaba por delante. Era en inglés:

—Está bien —en respuesta a algo.

"¿Está bien?" Traté de imaginar a qué podría referirse. "¿Está bien?" "¿Está bien?" ¿Qué diablos podía estar bien?

Por supuesto, mi cuarto estaba en silencio. Pero el solo hecho de abrir la puerta y entrar, por curioso que parezca, me daba miedo. Después de cierta vacilación finalmente me aventuré a trasponer la puerta. Luego, cuidando de no mirar el espejo, me senté ante la mesa. La silla tenía brazos, y tapizado como de cuero de lagarto de color azul. Abrí mi maleta, extraje un bloc de notas y traté de retomar cierto relato. Pero la pluma y la tinta estaban inmobilizadas por el fuego eterno. Y cuando finalmente se movieron, sólo aparecieron estas palabras: está bien... está bien... está bien, señor... está bien...

De pronto un timbrado del teléfono que estaba junto a la cama. Alarmado me incorporé y llevándome el aparato al oído respondí.

—¿Quién es?

—Soy yo. Yo...

Era la hija de mi hermana mayor.

—¿Qué ocurre?

—Sí, ha ocurrido algo terrible. Entonces... como ocurrió algo terrible, también acabo de llamar a la tía.

—¿Algo terrible?

—Sí. Por favor, ven rápido. Rápido.

Y la comunicación se cortó del otro lado. Colgué el auricular y mecánicamente oprimí el timbre para llamar al servicio. Pero advertí que me temblaba la mano. El muchacho demoró en venir. Con más dolor que impaciencia, volví a tocar el timbre una y otra vez, dándome cuenta del significado de las palabras "está bien", cuya intención había estado tratando de abrirse paso hasta mí.

El esposo de mi hermana mayor había sido atropellado, y había muerto, esa tarde en el campo, no muy lejos de Tokio. Además, sin ninguna relación en absoluto con el clima, llevaba puesto un impermeable. Todavía sigo escribiendo el mismo relato en esta habitación de hotel. No hay nadie en el pasillo, afuera. Pero a través de la puerta llega, de tanto en tanto, el sonido de un batir de alas. Alguien debe de tener un pájaro.

2. Venganza

Me desperté alrededor de las ocho y media en ese cuarto de hotel. Pero al levantarme de la cama descubrí, extrañamente, que una de mis pantuflas había desaparecido. Era exactamente la clase de cosa que solía sumirme en el miedo, la angustia, etc., durante el último par de años. Y me recordó también a cierto príncipe de la mitología griega que usaba una sandalia ajena. Toqué el timbre para llamar al botones y le pedí que buscara la pantufla perdida. Registró toda la habitación con una expresión *burlona* en el rostro.

—La encontré, aquí está. Estaba en el baño.

—¿Cómo llegó hasta allí?

—Tal vez haya sido un ratón.

Cuando el botones se fue bebí una taza de café, sin leche, y me dispuse a terminar mi relato. Una ventana cuadrada, con marco de toba, daba a un jardín nevado. Siempre que dejaba de escribir, echaba una mirada ausente a la nieve. Bajo el fragante arbusto de adelfa que empezaba a florecer, la nieve se veía sucia por el humo y el hollín de la ciudad. El espectáculo me apenaba. Fumé un cigarrillo, pensando miles de cosas, y la pluma no se posaba sobre el papel. Pensé en mi esposa, en mis hijos, y más que nada, en el esposo de mi hermana mayor...

Antes de suicidarse, estaba bajo sospecha de haber cometido un incendio deliberado. En realidad, era inevitable que así fuera. Antes de que su casa se incendiara totalmente, la había asegurado por el doble de su valor. Aun así, aunque era culpable de perjurio, estaba en libertad condicional. No era su suicidio, sin embargo, lo que me angustiaba, sino el hecho de que nunca podía volver a Tokio sin ver un incendio. Una vez había visto un incendio en las colinas

desde el tren, y otra vez desde un auto (yo iba con mi esposa y mis hijos) cerca de Tokiwabashi. Naturalmente, tuve la premonición de un incendio antes de que su casa verdaderamente se incendiara.

—Podría declararse un incendio en casa este año.

—No digas esas cosas... si alguna vez hubiera un incendio, eso nos causaría un montón de problemas. El seguro no alcanza y...

Así hablamos. Pero no se había producido ningún incendio y, tratando de librarme de la idea, volví a empuñar la pluma. No se me ocurría ni una sola línea. Finalmente, abandonando la mesa, me tendí en la cama y empecé a leer *Polikoushka* de Tolstoi. El héroe de esa novela es una compleja personalidad en la que se mezclan la vanidad, la morbosidad y la ambición. Y con unos pocos cambios menores, la tragicomedia de su vida podría pasar como una caricatura de mi propia vida. Particularmente sentí en esa tragicomedia la burla del destino, y eso hizo que empezara a sentirme rarísimo. Al cabo de apenas una hora salté de la cama y arrojé el libro contra las cortinas de la ventana de la habitación.

—¡Maldición!

Y un gran ratón salió corriendo en diagonal desde detrás de la cortina en dirección al baño. De un salto estuve en el baño y abrí la puerta de par en par, buscándolo. Detrás de la blanca bañera no había rastros de él. De pronto me sentí raro, y calzándome rápidamente las pantuflas salí al corredor, pero no había allí ninguna señal de vida.

El pasillo, como siempre, estaba tan oscuro como una prisión. Con la cabeza gacha, subiendo y bajando escaleras casi sin advertirlo, me encontré de repente en la cocina. La habitación estaba más iluminada de lo que se hubiera supuesto. Y en un costado las llamas se elevaban, abundantes, sobre el fogón. Al pasar pude sentir los fríos ojos de los cocineros, tocados con sus gorros blancos, que no me quitaban la vista de encima. De inmediato me sentí arrojado al infierno. "Dios, castígame. Por favor, no te ofendas. Esto será mi ruina." Naturalmente en momentos así era lógico que saliera de mis labios esa plegaria.

Salí del hotel y recorrí con dificultad el camino fangoso por la nieve semiderretida que me conducía a la casa de mi hermana mayor. Todos los árboles del parque que lo flanqueaban mostraban sus hojas y ramas completamente ennegrecidas. Y cada uno de ellos tenía, igual que nosotros, una parte delantera y otra trasera. A mí me resultaba menos desagradable que intimidante. Recordé el alma que se convertía en un árbol en el *Infierno* de Dante y decidí caminar por la calle que estaba del otro lado de las vías del tranvía, donde los edificios se alineaban en una fila compacta. Pero incluso allí una manzana era demasiado.

—Disculpe que lo detenga.

Era un sujeto de veintidós o veintitrés años con un uniforme con botones dorados. Lo miré fijamente sin decir una palabra y advertí que tenía un lunar¹¹ en el lado izquierdo de la nariz. El, quitándose la gorra, me habló con cautela:

—¿No es usted el señor A.?

—Sí.

—Pensé que lo era...

—¿Qué desea?

—Nada. Sólo quería saludarlo. Soy admirador suyo, *sensei*...

Ante eso lo saludé tocando el ala de mi sombrero y empecé a poner distancia entre nosotros tan rápidamente como pude. *Sensei*. Un *sensei*... ese título me había empezado a resultar extremadamente desagradable. Había llegado a sentir que había cometido todos los crímenes imaginables. A pesar de eso, ahora me llamaban *sensei* en cualquier momento. No podía evitar sentir que había en ello algo vergonzoso. ¿Algo? Pero mi materialismo no podía flaquear ante el misticismo. Pocos meses antes yo había escrito en una pequeña revista: "No

¹¹ En inglés, "mole" que también significa "topo", un elemento recurrente de este relato que Akutagawa usa para describir su obsesión. (N. de la T.)

sólo carezco de conciencia artística sino de conciencia en general. Todo lo que tengo es coraje..."

Mi hermana mayor se había refugiado con sus hijos en una casucha de un callejón. Adentro de la casa, con su empapelado pardo, el ambiente era aún más sombrío que afuera.

Calentándonos las manos sobre un *hibachi*¹², hablamos de cosas diversas. El esposo de mi hermana, un hombre de contextura robusta, siempre me había parecido instintivamente un inútil, desde que lo conocí. Y había hablado directamente de la inmoralidad de mi obra. Nunca había mantenido con él una charla amistosa, debido a que él despreciaba a alguien que pensara como yo. Hablando con mi hermana me di cuenta de que también él había sido arrojado gradualmente al infierno. Me enteré de que verdaderamente había visto un fantasma en un camarote. Pero, encendiendo un cigarrillo, tuve buen cuidado de mantener la conversación en el tema del dinero.

—De todas maneras, tal como son las cosas, estoy pensando en vender todo lo que pueda.

—Yo he pensado lo mismo. La máquina de escribir puede dejar un poco de dinero.

—Y tenemos algunas pinturas.

—¿Qué te parece vender el retrato de N san [el marido de mi hermana]? Pero eso...

Miré al retrato a lápiz, sin marco, que pendía de la pared, y pensé que no debía hacer una broma tan desconsiderada. Me habían dicho que su rostro había quedado destrozado, que el tren lo había reducido a jirones, y que sólo había quedado su bigote. De hecho, la historia me había conmocionado. Su retrato estaba dibujado con mucho detalle, pero el bigote no se veía del todo claro. Pensé que podría ser por la luz y estudié el cuadro desde diferentes ángulos.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada... sólo que alrededor de la boca, en ese cuadro...

Ella se volvió para observar por un momento, pero dijo que no veía nada raro.

—Sólo el bigote, curiosamente, se ve un poco fino, ¿no es cierto?

Lo que yo veía no era ilusorio. Pero si no lo era... Decidí que era más prudente separarme de mi hermana antes de que ella empezara a preocuparse por preparar el almuerzo.

—¿Por qué no te quedas un rato más?

—Tal vez mañana... hoy tengo que ir a Aoyama.

—¿Allí? ¿Todavía tienes algún problema físico?

—Estoy tomando somníferos como siempre. Son tantos... Veronal, Murodal, Trional, Numal...

Alrededor de treinta minutos más tarde, entré en un edificio, subí en el ascensor y fui al tercer piso. Allí, traté de abrir empujando la puerta de un restaurante. La puerta no se movía. Sobre ella había un cartel: DÍA DE DESCANSO. Estaba más que fastidiado, pero tras echar un vistazo a las manzanas y bananas exhibidas sobre una mesa, del otro lado de la puerta, decidí volver a salir a la calle. Dos hombres que parecían ser empleados, tropezaron conmigo en la entrada, absortos en su conversación. Justo en ese momento uno de ellos, o eso me pareció, dijo: "Es un tormento".

Me quedé en la calle, esperando un taxi. Estuve un rato allí. Sin embargo, usualmente había un taxi amarillo en los alrededores. (Esos taxis amarillos, por alguna razón, siempre me involucraban en algún accidente.) Al cabo de cierto tiempo, no obstante, apareció un taxi verde, de la buena suerte, y decidí que de todos modos iría al hospital mental próximo al cementerio de Aoyama.

"Tormento... Tántalo... Tártaro... infierno..."

Tántalo yo mismo, de hecho, mirando la fruta a través del vidrio de la puerta. Maldiciendo para mis adentros el *Infierno* de Dante, observé la espalda del chofer. Y me invadió el sentimiento de que todo es una mentira. La política, el comercio, el arte, la

¹² Un brasero de cerámica, y a veces de madera o de piedra, que se llena de arena y pequeños trozos de carbón. Aún se lo ve en el interior y entre las clases marginales de Japón.

ciencia... todo, ante lo cual yo no era más nada más que el mero camuflaje de una horrible existencia. Empecé a sentirme ahogado y abrí una ventanilla. Pero la sensación no desaparecía.

Finalmente el taxi verde llegó a Jingu-mae. Allí había un callejón que conducía al hospital psiquiátrico. Pero justo ese día, por algún motivo, no pude encontrarlo. Después de pedirle al taxista que diera un par de vueltas a la manzana para localizarlo, y que volviera siguiendo las vías del tranvía, abandoné y decidí bajarme del auto.

Por fin encontré el camino y me encontré saltando de derecha a izquierda en un camino lleno de charcos de fango. Entonces, sin advertirlo, debí de haber girado erróneamente, porque me encontré en la sala funeraria de Aoyama. Era un edificio en el que no había entrado desde el funeral de Natsume sensei, unos diez años atrás. Diez años atrás yo no era muy feliz. Pero al menos estaba en paz. Advertí la grava decorativa más allá de la entrada y, recordando el árbol de *basho*¹³ del refugio de Soseki, no pude evitar sentir que mi vida había terminado. Y tampoco pude evitar sentir que algo me había llevado de regreso a ese lugar después de diez años de ausencia.

Después de salir del hospital psiquiátrico, tomé otro taxi y decidí regresar al hotel en el que había estado antes. Pero, al bajar del taxi a la entrada del hotel, me encontré un hombre de impermeable que discutía por alguna razón con un camarero. ¿Un camarero? No. No era un camarero sino un hombre de uniforme verde, que estaba a cargo de los taxis. La idea de entrar en el hotel me resultó ominosa y rápidamente giré sobre mis talones.

Cuando llegué a Guinza, ya casi anochecía. Los negocios ubicados a ambos lados de la calle, la densa muchedumbre, todo se combinaba para deprimirme aún más. Lo que más me trastornó es que en la calle todo el mundo caminaba despreocupadamente, con indiferencia, como si fuera ajeno al pecado. Seguí caminando hacia el norte en la confusión entre el crepúsculo y las luces eléctricas. Luego mis ojos se sintieron atraídos por una librería con revistas y libros apilados. Entré y curioseé en los anaqueles con aire ausente. Había un libro, *Mitos griegos*, que decidí hojear. *Mitos griegos*, con su cubierta amarilla, parecía escrito para niños. Pero un renglón que leí accidentalmente me perturbó.

"Ni siquiera el poderoso Zeus puede vencer al Dios de la Venganza..."

Salí del local y me mezclé con la multitud. Podía sentir al Dios de la Venganza cerniéndose sobre mis hombros y empecé a vagar sin rumbo, desquiciado.

3. Noche

En uno de los anaqueles de la planta alta de Maruzen¹⁴ encontré *Cuento* de Strindberg, y leí unas páginas mientras me encontraba allí. Describe experiencias semejantes a las mías. Y tenía cubierta amarilla. Volví a dejarlo y recogí un libro grueso que se había caído por casualidad. ¡Y que veo en él sino una ilustración de engranajes con ojos y narices como si fueran seres humanos! Era una compilación de dibujos hechos por internados en asilos mentales, reunidos por algún alemán. Aun en medio de mi depresión, pude sentir que mi espíritu se alzaba en rebelión y con la desesperación de un adicto al juego seguía abriendo un libro tras otro. Por extraño que resulte, casi todos los libros tenían un algún agujón oculto en sus letras o en sus ilustraciones. ¿Todos los libros? Hasta en *Madame Bovary*, que había leído muchas veces antes, sentí que al final yo era el burgués monsieur Bovary.

En la planta alta de Maruzen, casi al anochecer, parecía no haber otro cliente más que yo. Eché un vistazo a un anaquel que tenía el cartel de Religión y extraje un libro de cubierta verde. En el índice, un capítulo estaba titulado: "Los cuatro enemigos mortales: la sospecha, el miedo, la vanidad y la sensualidad". Con esas palabras, de inmediato mi espíritu volvió a rebelarse. Esos enemigos eran sólo otros nombres de la sensibilidad y la inteligencia. Era

¹³ El árbol de *basho*, del que tomó su nombre el famoso poeta, es el llantén o plantaina.

¹⁴ Maruzen es la cadena de librerías más conocida de Japón, incluso en la actualidad.

insoportable sentir que lo tradicional era tan deprimente como lo moderno. El libro que tenía en mis manos me hizo recordar el seudónimo que había usado alguna vez, Juryo Yoshi. Era el nombre del joven de Chuang-tsé que había olvidado el muchacho de Juryo que había intentado imitar el paso de uno de Kantan y que terminó arrastrándose para llegar a su casa. Ahora debo de ser Juryo Yoshi para todo el mundo. Y, cuando todavía no había sido relegado al infierno, había usado ese nombre... Yo, con un anaquel entero de libros a mi espalda, traté de despojarme de todo engreimiento y me dirigí hacia una muestra de posters que había a un costado. Allí, en uno de los posters, un caballero que parecía ser san Jorge daba muerte con su lanza a un dragón alado. En la parte superior de la escena, el rostro ceñudo del caballero, a medias oculto por el casco, se parecía a uno de mis enemigos. También recordé la pinturas de Toryu en el *Kanbishi* y, sin recorrer la muestra, bajé por la ancha escalera.

Caminando por Nihonbashi, en la oscuridad, seguí pensando en la palabra *toryu*. También era el nombre de mi pincel, estoy seguro. El hombre que me lo había dado era cierto empresario. Había fracasado en una variedad de negocios y finalmente acabó en la ruina. Me encontré mirando el cielo y pensando qué pequeña es la Tierra entre todas las estrellas... y cuánto más pequeño era yo. Pero el cielo, que había estado despejado todo el día, se había encapotado sin que yo lo advirtiera. De inmediato sentí que las cosas habían tomado un giro hostil contra mí y decidí buscar asilo en un café.

"Asilo" es precisamente el término adecuado para describirlo. De alguna manera sentí algo tranquilizador en el matiz rosado de las paredes y me relajé en una mesa. Afortunadamente sólo había unos pocos clientes. Bebí una taza de cocoa y me dispuse a fumar un cigarrillo, como siempre. El humo ascendió en un delgado hilo azul contra la pared rosada. La armoniosa mezcla de los colores suaves me resultó agradable. Pero al cabo de un rato descubrí un retrato de Napoleón en la pared de la izquierda y volví a inquietarme. Cuando Napoleón era sólo un estudiante, había escrito en la última página de su cuaderno de geografía: "Santa Elena, una pequeña isla". Podría haber sido, como se dice, solamente una coincidencia. Pero era algo que más tarde debe de haberle producido a Napoleón un escalofrío...

Observando a Napoleón, pensé en mi propia obra. E irrumpieron en mi mente ciertas frases de *Vida de un loco*. (Especialmente las palabras "La vida es más infernal que el infierno mismo".) Y también el destino del héroe de *El biombo del infierno*... un pintor llamado Yoshihide. Después... fumando miré alrededor, tratando de escapar de esos recuerdos. Me había refugiado allí hacía apenas cinco minutos. El lugar ya había experimentado un cambio radical. Lo que me resultaba más incómodo era que las sillas y las mesas de imitación caoba no armonizaban con las paredes rosadas. Temiendo caer en una agonía imperceptible para los demás, traté de salir del café arrojando rápidamente una moneda plateada.

—Señor, son cinco centavos...

Había dejado cinco en vez de veinte.

Mientras caminaba solo por la calle, sintiéndome humillado, recordé de pronto mi casa en el pinar remoto. No era la casa de mis padres adoptivos, situada en los suburbios, sino una casa que yo mismo había alquilado para mi familia, en la que yo era amo y señor unos diez años antes. Pero por alguna razón, sin pensarlo, había vuelto a acordarme de ellos. En el mismo momento empecé a convertirme en un esclavo, un tirano, un egoísta impotente...

Cuando llegué otra vez al hotel, eran casi las diez. Había estado caminando tanto tiempo que no tuve fuerza de ir a mi habitación y en cambio me senté en una silla frente a la chimenea donde ardía un enorme leño. Empecé a pensar en la obra de largo aliento que había estado planeando. Era un largo relato en el que los héroes serían personas comunes desde la era Meiji hasta la Suiko, en una secuencia de más de treinta cuentos cronológicos. Volaron algunas chispas, y recordé la estatua de bronce que estaba delante del Palacio Imperial. La

estatua tenía casco y armadura, y estaba montada en un corcel, como si fuera la Lealtad misma pero su enemigo era...

—¡Una mentira!

Una vez más volví instantáneamente del pasado remoto al presente inmediato. Afortunadamente, el hombre que se me acercó era un escultor de cierta edad. Llevaba un abrigo de terciopelo y lucía una barba corta. Me incorporé y estreché la mano que me ofrecía. (No era un hábito en mí. Simplemente imité su costumbre, porque él había pasado la mitad de su vida en París y Berlín.) Sin embargo, curiosamente, su mano era tan viscosa como la piel de un reptil.

—¿Se aloja aquí?

—Sí...

—¿Para trabajar?

—Sí, también estoy trabajando.

Me miró directamente. Sentí que me examinaba con ojos de detective.

—¿Qué le parece si viene a mi habitación a conversar un poco?

Hablé agresivamente. (Uno de mis malos hábitos era asumir de inmediato una actitud desafiante, aunque en realidad no tenía coraje.) Él sonrió y me respondió preguntando:

—¿Dónde está su habitación?

Caminando lado a lado a través de extranjeros que hablaban suavemente, como si fuéramos buenos amigos, nos dirigimos a mi habitación. Allí él se sentó con el espejo a sus espaldas. Y empezó a hablar de muchas cosas. ¿Muchas cosas? En realidad, casi todas eran historias de mujeres. Sin duda, yo era uno de los condenados al infierno por los pecados que había cometido. Así que las historias viciosas me angustiaban aún más. Por un momento me sentí como un puritano y empecé a despreciar a esas mujeres.

—Mire por ejemplo los labios de S-ko-san. Por haber besado a tantos hombres, ella...

Cerré la boca de repente y miré su espalda en el espejo. Tenía una venda amarilla pegada justo debajo de la oreja.

—¿Por haber besado a tantos hombres?

—Parece ser una de esas.

Sonrió y asintió. Sentí que estaba todo el tiempo dedicado al intento de espiar y revelar mi secreto. Pero nuestra conversación todavía siguió girando en torno de las mujeres. Me sentí más incómodo por mi falta de valor que por odiarlo, y sólo pude deprimirme aún más.

Cuando finalmente se fue, me eché y empecé a leer *Anya-Koro*¹⁵. Cada una de las luchas espirituales a las que está sometido su héroe me resultaba conmovedora. Sentí que era un estúpido comparado con él, y me puse a llorar sin darme cuenta. Al mismo tiempo, las lágrimas me calmaron. Pero no por mucho tiempo. Mi ojo derecho empezó a ver otra vez esos engranajes semitransparentes. El número de los engranajes, que no dejaban de girar sin pausa, fue aumentando gradualmente. Temiendo una jaqueca, dejé el libro en la almohada, ingerí ocho miligramos de Veronal y decidí que intentaría descansar bien esa noche, fuera como fuese.

Pero en mi sueño, estaba mirando una piscina. Muchos niños y niñas nadaban en ella, o se zambullían. Me interné en el pinar, dejando atrás la piscina. Entonces alguien me habló a mis espaldas: "Padre". Me volví por un momento y vi a mi esposa de pie junto a la piscina. Y sentí un intenso pesar.

—Padre, ¿una toalla?

—No la necesito. Vigila a los niños.

¹⁵ *Anya-koro* ("Viaje a la oscuridad", 1912-1937) es la novela más conocida de Shiga Naoya. Akutagawa, que se había dedicado casi por completo a escribir sobre escenas de la antigüedad, etc., durante su último año de vida fue inducido por la lectura de sus contemporáneos más autobiográficos a dedicarse a la exploración de su propio cuerpo y mente atormentados.

Seguí caminando. Pero el suelo por el que caminaba se había convertido en un andén sin que lo advirtiera. Parecía una estación rural, el andén estaba rodeado por un largo seto. Un estudiante de la universidad, llamado H, y una anciana, también estaban allí. Me vieron y se dirigieron a mí por turno.

—Un enorme incendio, ¿verdad?

—Yo también logré escapar.

Me pareció que había visto antes a la anciana. Y sentí júbilo al hablar con ella. Entonces llegó silenciosamente un tren, soltando bocanadas de humo. Subí solo al tren y caminé en medio de camas separadas por colgaduras de tela blanca. Vi una mujer desnuda muy semejante a un cadáver que yacía en una cama frente a mí. Debe de haber sido el cadáver de la hija de algún loco... el Dios de mi venganza»...

En cuanto me desperté salté de la cama, a pesar mío. La luz eléctrica inundaba la habitación de una luz tan brillante como antes. Pero de alguna parte venían sonidos de aleteos, de ratas que roían. Abrí la puerta, salí al pasillo y rápidamente me dirigí hacia la chimenea. Me senté y clavé la vista en el débil resplandor de las ascuas. Un muchacho de uniforme blanco vino a atizar el fuego.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de las tres y media, señor.

En un extremo del vestíbulo una mujer, que parecía norteamericana, estaba entretenida leyendo un libro, sola. Incluso desde la distancia a la que me encontraba era claro que llevaba puesto un vestido verde. De alguna manera eso me hizo sentir alivio y decidí esperar tranquilamente que amaneciera. Como un anciano que espera con calma la muerte después del largo sufrimiento de una enfermedad...

4. ¿Todavía?

Finalmente terminé mi cuento en la habitación del hotel y decidí enviarlo a una revista. En realidad, el dinero que obtendría con él era menos del necesario para cubrir la cuenta del hotel por una semana de alojamiento. Pero estaba satisfecho de haber hecho el trabajo y decidí visitar una librería de Ginza como tónico espiritual.

En el asfalto, bajo el sol invernal, había muchos pedazos de papel. Parecían rosas, exactamente. En cierto modo me sentía de buen ánimo y entré en la librería. Estaba más pulcra y ordenada que de costumbre. Una joven de lentes discutía algo con un empleado, y la charla no llegó a crisparme los nervios. Sin embargo, recordando las rosas de papel arrojadas en la calle, decidí comprar *Los diálogos de Anatole France* y *Las cartas completas de Prosper Mérimée*.

Con los dos libros bajo el brazo, fui a un café. Preferí esperar a que me trajeran una taza de café a una mesa situada en el extremo de la sala. Del otro lado estaba sentada una pareja que parecían madre e hijo. El hijo era más joven que yo, pero una copia exacta de mí. Y conversaban como si fueran amantes, íntimamente. Al observarlos empecé a sentir que el hijo era consciente de que le proporcionaba a su madre también cierta satisfacción sexual. Era una clase de relación que yo conocía por experiencia propia. Además, era un ejemplo de esa tozudez y determinación que convierte el mundo en un infierno. Pero temía volver a ser presa de mis angustias y empecé a leer *Las cartas completas de Prosper Mérimée*, aprovechando que ya me habían servido el café. En las cartas se revelaba la misma mordacidad aforística que se leía en sus novelas. Sus oraciones acorazaron mis sentimientos, dándoles un filo de acero. (Uno de mis puntos débiles es que esa clase de giros influyen rápidamente en mí.) Muy pronto acabé mi taza y, sintiéndome distendido y despreocupado, abandoné el café.

En la calle miré todos los escaparates, uno por uno. Un taller de marcos exhibía un retrato de Beethoven. Era la imagen de un genio, con el cabello erizado. No pude evitar que me pareciera ridículo...

En ese momento vi a un amigo de la época del colegio secundario. Ahora convertido en profesor universitario de química aplicada, cargaba una enorme maleta colmada, y tenía un ojo enrojecido y congestionado.

—¿Qué te pasa en el ojo?

—¿Esto? Es sólo una conjuntivitis.

Entonces, por un sentimiento de afinidad, recordé que catorce o quince años atrás, yo había padecido la misma enfermedad. Pero no dije nada. Él me palmeó el hombro y empezó a hablar de amigos comunes. La charla lo indujo a llevarme a un café.

—Hace mucho que no nos vemos. Tal vez desde la ceremonia que se hizo por el monumento de Shushunsui¹⁶.

Eso me dijo, sentado del otro lado de la mesa de mármol, después de encender un cigarro.

—Sí. Ese Shushun...

No sé por qué, pero no pude pronunciar correctamente la palabra Shushunsui. El hecho de que fuera japonés me hacía sentir aún más incómodo. Pero él siguió parlotando sobre mil cosas sin reparar en mi dificultad. Sobre el novelista K., sobre un bulldog que se había comprado, sobre el gas venenoso de lucita...

—Parece que no estás escribiendo mucho. Sin embargo, leí tu *Registro de muerte*... ¿Es una obra autobiográfica?

—Sí, es autobiográfica.

—Es bastante morbosa. ¿Estás bien ahora?

—Debo estar medicado siempre, como sabes.

—Yo también estoy sufriendo de insomnio.

—¿Qué quieres decir con "también"?

—Bueno, oí que tú también padeces de insomnio... ¿verdad? Es peligroso, ya sabes...

Había algo así como una sonrisa revelada en el ojo izquierdo aquejado de conjuntivitis. Antes de responder percibí que tendría dificultad para pronunciar la sílaba final de la palabra *insomnio*.

—Es natural en el hijo de un loco.

Menos de diez minutos después ya estaba otra vez caminando en la calle. Los pedazos de papel sobre el asfalto no llegaban a parecerse del todo a los rostros de los hombres. Entonces una mujer con el pelo a la *garçon* se acercó a mí en dirección opuesta. A la distancia se la veía bella. Pero cuando se aproximó no sólo vi sus arrugas sino también su fealdad. Y parecía embarazada. A pesar mío le di la espalda y doblé una esquina metiéndome en una ancha calle lateral. Pero hacía ya un tiempo había empezado a tener dolores hemorroidales. Era un dolor que sólo podía aliviarse con un baño de asiento.

Un baño de asiento... también Beethoven solía hacerse baños de asiento.

De inmediato el olor del azufre que se usaba en los baños asaltó mi nariz. Naturalmente, en la calle no había azufre por ninguna parte. Recordé otra vez las rosas de papel y seguí caminando con paso tan seguro como pude.

Una hora más tarde, nuevamente encerrado en mi cuarto, me senté ante la mesa y empecé otro cuento. Para mi sorpresa, la pluma se deslizaba con fluidez sobre el papel. Pero al cabo de unas pocas horas se detuvo, como por obra de algo invisible a mis ojos. Me sentí obligado a incorporarme y a ponerme a caminar por el cuarto de arriba abajo. La sensación expansiva que experimentaba era absolutamente inusual. Con una suerte de salvaje júbilo, sentí que no tenía padres ni esposa ni hijos; todo lo que tenía era la vida que fluía de mi pluma.

Pero al cabo de cuatro o cinco minutos me llamaron por teléfono. Atendía muchas veces, pero el teléfono sólo repetía unas palabras ambiguas. En cualquier caso sonaba como *todo*.

¹⁶ El monumento en conmemoración de Shushunsui fue erigido en 1913. Erudito y maestro taoísta, Shushunsui había sido invitado a Japón por el shogunato de Tokugawa y se convirtió en ciudadano japonés en 1659.

Finalmente abandoné el teléfono y volví a mi caminata por el cuarto. Pero la palabra *todo* me pesaba extrañamente.

"Todo... topo..."

Topo es *mogura* en japonés. La asociación tampoco era feliz para mí. Y al cabo de segundos empecé a debatirme con topo, ciego, muerto... *la mort*. *La mort*, la muerte, en francés, me inquietó. Así como la muerte había caído sobre el esposo de mi hermana, ahora parecía acecharme a mí. Pero aun en mi inquietud encontré algo gracioso. Y me encontré sonriendo como un tonto. ¿Qué era lo que me hacía gracia? No lo sabía con certeza. Me detuve ante el espejo, algo que no había hecho durante un tiempo, y me enfrenté con mi reflejo. Naturalmente había una sonrisa en mi cara. Mientras la observaba, recordé el alter ego. Por fortuna mi alter ego —el *Doppelgänger* alemán— nunca se había parecido mucho a mí. Pero la esposa de K, que se había convertido en una estrella de cine norteamericana, había visto a mi alter ego en el corredor del Teatro Imperial. (Recuerdo mi incomodidad cuando de repente la señora K me dijo: "Lamento no haberlo saludado el otro día".) Después, un ex traductor, que tenía una sola pierna, también vio a mi alter ego en una tabaquería de Ginza. La muerte podría caer sobre mi alter ego en vez de caer sobre mí. Aunque me ocurriera a mí... Me alejé del espejo y volví a la mesa frente a la ventana. Se podía ver un césped deslucido y una piscina a través del marco cuadrado de toba. Mirando el jardín recordé unos cuadernos y unas obras teatrales inconclusas que había quemado en un pinar distante. Tomando la pluma, empecé a escribir otra vez el nuevo cuento.

5. Shakko¹⁷

La luz del sol empezó a atormentarme. Como un topo, mantuve las cortinas corridas y, con la luz eléctrica encendida, seguí dándole duro a mi cuento. Después, agotado, abrí la *Historia de la literatura inglesa* de Taine y leí sobre la vida de los poetas. Todos habían sido desdichados. Hasta los gigantes de la época isabelina... hasta Ben Jonson, el más distinguido erudito de su tiempo, solía estar tan atormentado por la ansiedad que había empezado a ver ejércitos cartagineses y romanos enzarzados en combate sobre el dedo gordo de su pie. No pude evitar sentir placer, un placer algo maligno, al leer sobre esas desventuras.

A la noche, con un intenso viento del este (para mí de buen augurio), salí por el sótano a la calle y decidí visitar a un anciano que conocía. Trabajaba solo como cuidador en el ático de una empresa de biblias y dedicaba casi todo su tiempo a la lectura y la oración. Calentándonos las manos sobre un *hibachi* hablamos de temas diversos bajo un crucifijo que pendía de la pared. ¿Por qué mi madre se volvió loca? ¿Por qué mi padre fracasó en los negocios? ¿Por qué yo estaba siendo castigado? Él estaba familiarizado con esos temas misteriosos y con una extraña sonrisa solemne solía hablarme con facilidad y extensamente. Y a veces, en sus frases concisas, atrapaba la vida en toda su naturaleza caricaturesca. No podía evitar admirar al eremita en su ático. Pero al hablar con él descubrí que tenía ciertas propensiones...

—La hija del jardinero es adorable, de buen carácter, y tan tierna conmigo.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumple dieciocho este año.

Es posible que fuera un sentimiento paternal. Pero no era difícil advertir cierta pasión en sus ojos. Y las manzanas que me ofreció sin advertirlo dejaban traslucir, en sus cáscaras amarillentas, unos unicornios. (Con frecuencia encontraba criaturas míticas en las vetas de la madera y en las rajaduras de las tazas de café.) Los unicornios eran, sin duda, *Kylin* (los unicornios chinos). Recordé que un crítico hostil me había calificado una vez de "prodigio (*kirinji*) de la década de 1910", y de repente sentí que ese ático con su crucifijo tampoco era un lugar seguro.

¹⁷ *Shakko* es el nombre de un periódico. Sin embargo, la expresión "luz roja" no debe confundirse con su contraparte occidental. En japonés refiere al paraíso budista.

—¿Cómo has estado últimamente?

—Tenso, como siempre.

—Las drogas no te curarán. ¿Por qué no te haces cristiano?

—Si hasta yo pudiera...

—No hay nada difícil en ello. Simplemente, si crees en Dios, en Cristo el Hijo de Dios, y en los milagros que hizo Cristo...

—Creo en los demonios...

—Entonces, ¿por qué no en Dios? Si crees en las sombras, no entiendo cómo haces para no creer también en la luz.

—Pero hay una oscuridad donde no llega ninguna luz.

—¿Sombras sin luz?

No pude responder nada. Él también caminaba en la oscuridad. Pero mientras hubiera sombras, él creía que también había luz. Ése era el único punto en el que teníamos una diferencia lógica. Pero para mí era un abismo infranqueable...

—Pero verdaderamente existe la luz. Tenemos milagros que lo prueban... Hasta en nuestros días se producen milagros.

—Los milagros son obra de los demonios...

—¿De dónde salen tus demonios? —Estuve tentado de contarle mis experiencias del último par de años. Sin embargo, temía que les contara a mi esposa y a mis hijos, y que volvieran a mandarme al manicomio como le había ocurrido a mi madre.

—¿Qué es eso que tienes allí?

El anciano regordete giró para ver los viejos anaqueles e hizo una mueca semejante a la de Pan.

—Es una colección de Dostoyevski. ¿Leíste *Crimen y castigo*?

Naturalmente yo había tenido predilección por Dostoyevski unos diez años atrás y había leído cuatro o cinco libros suyos. Pero conmovido porque él hubiera dicho casualmente *Crimen y castigo*, le pedí el libro prestado y decidí regresar al hotel. La calle, deslumbrante por la luz eléctrica y tan llena de gente, me resultó opresiva. En ese punto me habría resultado insoportable encontrarme con algún conocido. Traté de avanzar por las calles laterales más oscuras, sigiloso como un ladrón.

Al poco rato, sin embargo, empecé a sentir dolor de estómago. Sólo un vaso de whisky podía curarme de ese mal. Encontré un bar y traté de abrirme paso para entrar. En el atestado bar había un humo denso, y algunos jóvenes, que parecían artistas, bebían *sake* juntos. En el medio de todo eso había también una muchacha que rasgueaba una mandolina con toda gravedad. De inmediato me sentí inseguro y retrocedí sin haber siquiera traspuesto la puerta. Descubrí que mi sombra oscilaba sin razón de derecha a izquierda. Y la luz que brillaba sobre mí, extrañamente, era roja. Me detuve. Pero mi sombra siguió oscilando de un lado a otro como antes. Me volví tímidamente y finalmente advertí un farol con vidrios de color que pendía del alero del bar. El farol se meneaba lentamente, movido por el fuerte viento...

A continuación entré en un restaurante instalado en un sótano. Me acerqué a la barra y pedí un whisky.

Vertí el whisky en un vaso de soda y lo sorbí en silencio. A mi lado había dos hombres de alrededor de treinta años, que parecían periodistas, hablando en voz baja. Hablaban en francés. Les di la espalda, pero sentí sus ojos sobre mí. De hecho, sus miradas me afectaron como una corriente eléctrica. Conocían mi nombre, era indudable, y estaban hablando de mí.

—Bien... très mauvais... pourquoi?

—Pourquoi?... le diable est mort!

—Oui, oui...d'enfer...

Arrojé una moneda plateada sobre el mostrador (el único dinero que me quedaba encima) y decidí salir de ese sótano.

En la calle, la brisa nocturna que soplaba fortaleció mi ánimo y el dolor de estómago cedió. Recordé a Raskolnikov y sentí el deseo de arrepentirme de todo. Pero no sólo para mí, sino también para mi familia, eso habría significado una tragedia. Y era cuestionable si mi deseo era verdadero o no. Si por lo menos mis nervios fueran tan fuertes como los de los hombres comunes... pero necesitaba ir a alguna parte para que eso ocurriera. A Madrid, a Río o a Samarkanda...

Justo en ese momento un pequeño cartel blanco en el alero de un negocio me inquietó. Era el sello de una marca, unas alas pintadas sobre un neumático de auto. Me recordó a Ícaro con sus alas artificiales. Su intento de volar alto, sus alas derretidas por el calor del sol, su final, ahogado en el mar. A Madrid, a Río o a Samarkanda... ¿cómo podía evitar reírme de un sueño tan necio? Al mismo tiempo, no pude evitar pensar en Orestes, perseguido por los dioses de la venganza.

Caminé por una calle oscura, junto a un canal. Entonces recordé la casa de mis padres adoptivos, en los suburbios. Por supuesto, deben de estar esperando mi regreso. Probablemente mis hijos también... pero cuando regresara... no podía evitar temer que hubiera allí alguna fuerza que me retuviera, naturalmente. El chapoteo del agua del canal alzó un bote de juncos a mi lado. En el fondo del barquito brillaba una débil luz. También allí debe de haber una familia, hombres y mujeres viviendo juntos. Odiándose y sin embargo amándose lo suficiente... pero alenté a mi mente a continuar la lucha y decidí volver al hotel, sintiendo el whisky en mi interior.

De regreso ante la mesa, retomé la lectura de las *Cartas de Mérimée*. Silenciosamente eso empezó a revivirme. Pero cuando descubrí que en sus últimos años Mérimée se había convertido al protestantismo, de pronto sentí que se ocultaba tras una máscara. Él tanteaba en la oscuridad, igual que nosotros. ¿En la oscuridad?... *Anya-Koro* empezó a cobrar proporciones terribles para mí. Recurrí a los *Diálogos* de Anatole France para olvidar mi depresión. Pero este Pan de los tiempos modernos también cargaba una cruz...

Más o menos una hora más tarde el botones me trajo una tanda de cartas. Uno de ellas era de una librería de Leipzig que me pedía un ensayo sobre "Las mujeres modernas en Japón". ¿Por qué me buscan a mí para ese artículo? Había un post scriptum (en inglés) manuscrito: "Junto con el artículo apreciaríamos recibir un retrato de mujer... pero en blanco y negro como en las pinturas japonesas". Las palabras me recordaron el whisky Black & White, y rompí la carta en mil pedazos. Abrí otro sobre al azar, y examiné el papel de carta amarillo. Era de un joven, alguien a quien yo no conocía. Pero al cabo de unas pocas líneas, las palabras "Su *Biombo del infierno...*" me irritaron. La tercera que abrí era de mi sobrino. Después de una profunda inspiración, me zambullí en la lectura de problemas familiares, etc. Pero incluso esa carta me deprimió al llegar al final.

"Te envío un ejemplar de la segunda edición de la *Antología de Shakko...*"

¡*Shakko!* Sentía que alguien se estaba burlando de mí y busqué amparo fuera de la habitación. No había nadie en el pasillo. Apoyé una mano en la pared para sostenerme y recorrí el camino hasta el vestíbulo. Busqué una silla y decidí encender un cigarrillo. Por algún motivo, era un Airship. (Sólo había fumado Star desde mi llegada al hotel.) Las alas artificiales volvieron a aparecer ante mis ojos. Decidí llamar otra vez al botones y pedirle que me comprara dos paquetes de Star. Pero, si era verdad lo que me dijo, desafortunadamente no les quedaban Star.

—Pero tenemos Airship, señor...

Meneé la cabeza y miré el gran vestíbulo que me rodeaba. En un extremo había algunos extranjeros charlando en una mesa. Uno de ellos, una mujer de vestido rojo, parecía mirarme mientras hablaba con los otros en un susurro.

—Señora Townshead...

Algo que trascendía mi poder de visión llegó hasta mí a pesar del susurro. El nombre de la señora Townshead, por supuesto, era desconocido para mí. Aun cuando fuera el nombre de la mujer que estaba allí... Me incorporé y, medio loco de miedo, decidí regresar a la habitación.

Cuando estuve allí pensé en llamar a cierto hospital psiquiátrico. Pero ir a ese lugar significaba la muerte para mí. Después de muchas vacilaciones me puse a leer *Crimen y castigo* para distraerme. Sin embargo, la página en la que abrí el libro era de *Los hermanos Karamazov*. Suponiendo que me había equivocado de volumen, miré la cubierta. *Crimen y castigo*... el libro debía ser *Crimen y castigo*. En el error de encuademación, en el hecho de que había abierto el libro en esta página mal intercalada, sentí el accionar del dedo del destino y seguí leyendo con sentimiento de inevitabilidad. Pero antes de terminar siquiera la página advertí que todo mi cuerpo empezaba a temblar. Era un fragmento en el que Iván era atormentado por la inquisición del diablo. Iván, Strindberg, de Maupassant, yo mismo, en esa habitación.

Sólo el sueño podía salvarme de ese estado. Sin que me hubiera dado cuenta, las drogas se me habían terminado. No podía soportar el tormento si no dormía. Con valor nacido de la desesperación, me hice traer una taza de café y decidí seguir escribiendo frenéticamente. Dos, cinco, siete, diez páginas... el manuscrito creció a toda velocidad. Llené el relato de criaturas sobrenaturales. Una de ellas me describía. Pero el agotamiento acabó por extenuar mi mente. Me aparté de la mesa y me tendí en la cama. Debo de haber dormido entre cuarenta y cincuenta minutos. Sentí que alguien susurraba en mi oído, despertándome y haciendo que me pusiera de pie, las palabras:

—Le diable est mort.

Del otro lado de la ventana de toba estaba a punto de romper el día. De pie junto a la puerta, miré la habitación vacía. En el cristal de la ventana advertí una pequeña escena del mar más allá de un pinar amarillento. Me acerqué a la ventana con cierta timidez, para advertir que la escena había sido evocada por el pasto marchito y la piscina del jardín. Pero la imagen había despertado en mi mente una especie de nostalgia de mi casa.

Decidí que me iría a casa después de haber llamado a una de las editoriales de revistas y haberme asegurado alguna fuente de ingresos, a las nueve de la mañana. Libros, papeles, objetos personales, volvieron a guardarse en la maleta, sobre la mesa.

6. Avión

Tomé un auto desde una estación de la línea Tokaido hasta un balneario veraniego situado a cierta distancia. Por alguna razón, a pesar del tiempo helado, el chofer llevaba puesto un impermeable. Sintiendo que había algo muy extraño en esa coincidencia, traté, dentro de lo posible, de mirar todo el tiempo por la ventanilla para no verlo. Un poco más allá del lugar donde crecían unos pinos pequeños, probablemente por un antiguo sendero, vi que avanzaba una procesión fúnebre. En la procesión no parecía haber faroles blancos ni de santuario. Pero delante y detrás del ataúd se mecían silenciosamente flores artificiales plateadas y doradas...

Cuando por fin llegué a casa, pasé algunos días muy tranquilos, gracias a mi esposa e hijos y a los opiáceos. La planta alta ofrecía una modesta vista del mar más allá de los pinares. En la mesa de la planta alta, escuchando el arrullo de las palomas, decidí trabajar solamente durante las mañanas. Además de las palomas y los cuervos, los gorriones también se posaban en la galería. Era una alegría para mí. "Una urraca entra en la sala"... pluma en mano, cada vez que venían los pájaros, también venían a mí las palabras.

Una tarde cálida y nublada fui a comprar tinta. La única tinta que les quedaba era sepia. La tinta sepia me resultaba más desagradable que cualquier otra. Tuve que salir del negocio y caminé, solo, por la concurrida calle. Un extranjero corto de vista, de unos cuarenta años, se

paseaba muy ufano. Era sueco y sufría de paranoia y vivía en las cercanías. Y se llamaba Strindberg. Cuando pasé a su lado, la proximidad me pesó físicamente.

La calle sólo tenía unas pocas cuadras de largo. Pero al recorrerla un perro, negro de un lado, pasó junto a mí cuatro veces. Doblando en una esquina, recordé el whisky Black & White. Y recordé también que el pañuelo de Strindberg era blanco y negro. No podía ser una coincidencia. Y si no lo era... Me sentí como si sólo mi cabeza hubiera estado caminando, y me detuve un momento. Detrás de una cerca de alambre, junto a la calle, habían arrojado un cuenco de vidrio con todos los colores del arco iris. En la base había un dibujo, como un ala estampada. Muchos gorriones volaron desde la copa de los pinos. Pero cuando se acercaron al cuenco, cada uno de ellos, como de común acuerdo, volvió a elevarse a los cielos con el resto...

Fui a la casa de los padres de mi esposa y me senté en el jardín en una silla de ratán. En un gallinero cercado con alambre, en un rincón del jardín, daban vueltas numerosas Leghorn blancas, en silencio. A mis pies estaba echado un perro negro. Tratando de responder una pregunta que nadie podía captar, yo parecía conversar tranquilamente con la madre y el hermano menor de mi esposa.

—Muy tranquilo aquí.

—En cualquier caso, mucho más tranquilo que Tokio.

—¿A veces también hay agitación aquí?

—Como sabes, esto también es parte del mundo.

Y al decir esas palabras, la madre de mi esposa se rió. Verdad, ese balneario veraniego era parte del mundo. Durante el año anterior yo había llegado a enterarme de la cantidad de crímenes y tragedias que tenían lugar. Un médico que había tratado de matar lentamente a un paciente con veneno, una anciana que incendió la casa de una pareja adoptiva, un abogado que trató de despojar a su hermana menor de la herencia... mirar sus casas era para mí ver el infierno de la vida.

—Hay un loco en esta ciudad, ¿no es cierto?

—Tal vez te refieres a H. No es loco. Se ha convertido en un idiota.

—Lo que llaman demencia precoz. Siempre me hace sentir extraño. No sé por qué estaba arrodillado ante la imagen de Kannon con cabeza de caballo.

—Te hace sentir extraño... Deberías ser más fuerte...

—Tú eres más fuerte que yo, sin embargo...

El hermano menor de mi esposa, sin afeitarse, porque acababa de levantarse de la cama después de una enfermedad, hizo esta acotación, indeciso como siempre.

—Soy débil, pero fuerte en cierto modo...

—Bien, lo lamento.

Mirando a esa suegra mía, no pude evitar esbozar una amarga sonrisa. El hermano de mi esposa, sonriendo también mientras miraba los pinares que se extendían más allá de la cerca, siguió parlotando distraídamente. (El joven hermano convaleciente me parecía a veces un espíritu que había escapado de su cuerpo.)

—Soy tan poco mundano y sin embargo al mismo tiempo anhelo tanto el contacto humano...

—A veces eres un buen hombre, a veces uno malo.

—No, es algo muy diferente de lo bueno o lo malo.

—Como un niño que vive dentro de un adulto.

—No exactamente. No puedo expresarlo con claridad... Tal vez algo más semejante a los dos polos de la electricidad. En cualquier caso, me ocurren al mismo tiempo dos cosas diferentes.

Lo que me sobresaltó fue el rugido de un avión. A pesar mío, alcé la vista para encontrar un avión que parecía que volaba tan bajo, como para rozar las copas de los pinos. Era un

monoplano inusual con las alas pintadas de amarillo. También los pollos y el perro se sobresaltaron y se lanzaron a correr en todas direcciones. El perro se ocultó bajo el porche, ladrando.

—¿No se caerá ese avión?

—Jamás... ¿Sabes de alguna enfermedad de los aviones?

Encendiendo un cigarro meneé la cabeza en vez de decir "no".

—Como la gente que anda en esos aviones respira todo el tiempo el aire de la atmósfera superior, se dice que gradualmente se vuelve incapaz de vivir en el aire de aquí abajo...

Caminando entre los pinos cuyas ramas no se movieron ni una sola vez después de que me fui de la casa de la madre de mi esposa, descubrí lentamente que estaba deprimido. ¿Por qué ese avión siguió ese trayecto, justo por encima de mi cabeza, y no cualquier otro? ¿Por qué sólo tenían cigarrillos Airship en aquel hotel? Me debatí con esas diversas preguntas y caminé por calles que elegí porque no había en ellas ningún signo de vida.

El mar estaba gris y encapotado más allá de una duna baja. En la costa arenosa se erguía el armazón de un columpio sin columpio. Al verlo inmediatamente recordaba una horca. Y algunos cuervos se posaron en él. Todos me miraron, pero no amagaron siquiera con lanzarse a volar. Y un cuervo, en el centro, alzó su pico al cielo y graznó cuatro veces.

Avanzando a lo largo del borde de la playa, con su hierba marchita, decidí seguir por un camino junto al que se erguían muchas casas de campo. Se suponía que a la derecha se encontraba una casa de madera de dos plantas, de estilo occidental, construida entre altos pinos. (Un buen amigo mío la llamaba "La morada de la primavera".) Pero al pasar por el lugar vi tan sólo una bañera sobre una base de cemento. Un incendio, se me ocurrió de inmediato mientras seguía adelante rápidamente, tratando de no mirar. Un hombre en bicicleta se acercaba derecho hacia mí. Llevaba una gorra de caza marrón oscuro, la mirada extrañamente fija y estaba agachado sobre el manubrio. Inesperadamente vi en su cara la cara del esposo de mi hermana mayor y decidí alejarme del camino antes de que llegara hasta mí. Pero en el medio del sendero yacía, de espaldas, el cadáver de un topo.

Que algo estuviera dirigido a mí empezó a hacerme sentir más inquieto con cada paso. Gradualmente, los engranajes semitransparentes bloquearon mi visión. Temiendo que estuviera próximo mi momento final, seguí caminando, manteniendo rígido el cuello. A medida que el número de engranajes crecía, también empezaron a girar. Al mismo tiempo, el pinar que estaba a mi derecha empezó a verse como a través de vidrio astillado, con ramas silenciosamente entrelazadas. Sentí que mi corazón latía con violencia y traté muchas veces de detener mi avance por la senda. Pero ni siquiera resultaba sencillo detenerse, como si alguien me empujara desde atrás...

Al cabo de unos treinta minutos estaba en la planta alta de mi casa, descansando la espalda y padeciendo una aguda jaqueca, con los ojos fuertemente cerrados. Entonces empezó a aparecer detrás de mis párpados un ala de plumas plateadas superpuestas como escamas. Se reflejaba claramente en mi retina. Abriendo los ojos, miré el techo y, tras confirmar que no había allí nada semejante, decidí volver a cerrar los ojos. Pero el ala plateada por cierto regresó en esa oscuridad, tal como antes. Entonces recordé que también había un ala en la tapa del radiador del taxi que había tomado el otro día...

Alguien subió la escalera con rapidez y después bajó apresuradamente, con mucho estrépito. Alarmado al advertir que sería mi esposa, me incorporé de inmediato y bajé a la sala oscura en la que desembocaba la escalera. Mi esposa, que parecía sin aliento, estaba temblando visiblemente.

—¿Qué ocurre?

—No, nada...

Finalmente levantó el rostro y esbozó una sonrisa forzada mientras hablaba.

—Nada... simplemente se me ocurrió, padre, que estabas por morir...

Fue la experiencia más aterradora de mi vida... ya no tengo fuerzas para seguir escribiendo. Es inexpresablemente doloroso vivir en este estado mental. ¿No hay nadie que venga y me estrangule en silencio mientras duermo?

Vida de un loco

a Kumè Masao

Dejo en sus manos la decisión de si este manuscrito debe ser publicado y, por supuesto, cuándo y dónde debería publicarse.

Usted conoce a la mayoría de las personas que aparecen en él. Pero si lo publica preferiría que no tuviera un índice onomástico.

Vivo ahora en una felicidad muy infeliz. Pero, extrañamente, sin remordimientos. Sólo lo lamento por aquellos que me tuvieron como esposo, padre, hijo. Adiós. En el manuscrito no hay, al menos conscientemente, ninguna intención de justificarme.

Por último, le dejo este escrito con el sentimiento de que usted me conoció más que nadie (despojado de la piel de mi yo cosmopolita). Con respecto al loco de este manuscrito, siga adelante y ríase.

20 de junio de 1927

AKUTAGAWA RYUNOSUKE

1. La época

Era la planta alta de una librería. A los veinte años, él estaba trepado a una escalera de diseño extranjero, apoyado contra los anaqueles, buscando libros nuevos. De Maupassant, Baudelaire, Strindberg, Ibsen, Shaw, Tolstoi...

La penumbra había empezado a imponerse. Pero, febrilmente, él continuó enfrascado en las letras de los lomos de los libros. Ante sus ojos, más que libros, se reunía el *fin de siècle* mismo. Nietzsche, Verlaine, los hermanos Goncourt, Dostoyevski, Hauptmann, Flaubert...

Resistiéndose a la oscuridad, se esforzó por distinguir los nombres. Pero los libros se hundían en las sombras. Sus nervios se tensaron, preparándose a bajar. Una bombilla desnuda, directamente sobre su cabeza, se encendió repentinamente. Encaramado en lo más alto de la escalera, miró hacia abajo. Entre los libros se movían los empleados, los clientes. Raro, qué pequeños se veían. Qué andrajosos.

"La suma de toda la vida humana añade menos de una línea a Baudelaire."

Durante un tiempo, desde la cima de la escalera, los había estado observando.

2. Madre

Los locos estaban todos vestidos igual con quimonos grises. Eso hacía más deprimente la enorme habitación. Uno de ellos estaba ante el órgano, interpretando himnos con fervor. Otro, de pie en el medio de la habitación, no, no podemos llamar a eso bailar, brincaba.

Con un médico saludable y animoso él miraba. Su madre, diez años antes, no había sido diferente en nada. En nada... el olor de ellos era el olor de su madre.

—Bien, vámonos.

Con el médico a la cabeza, bajaron a una habitación desde la sala. En un rincón, en grandes frascos de vidrio y flotando en alcohol, había una cantidad de cerebros. Encima de uno de ellos, pudo distinguir un manchón blanco. Algo semejante a la clara de un huevo. Mientras hablaba con el médico, otra vez cruzó por su mente la imagen de su madre.

—El hombre al que pertenecía este cerebro trabajaba para una empresa eléctrica, era ingeniero.

Solía creerse una enorme dínamo, que irradiaba luz negra.

Eludiendo los ojos del médico, miró a través de la ventana. Nada. Sólo una pared de ladrillos, el alféizar sembrado de fragmentos de botellas. Parches de musgo delgado. Blanco.

3. Hogar

En una habitación del segundo piso de los suburbios dormía y despertaba. Tal vez los cimientos eran débiles, el segundo piso parecía inclinarse un poco.

En ese segundo piso él y su tía discutían constantemente. Tampoco existió un período en que sus padres adoptivos no tuvieran que intervenir. Y sin embargo, era a su tía a quien quería más que a cualquier otra persona. Había estado sola toda la vida, y tenía casi sesenta años cuando él tenía veinte.

En esa habitación de los suburbios del segundo piso, lo perturbaba que todos los que se amaban entre sí se causaran mutua desdicha. Sintióse mareado por la inclinación del cuarto.

4. Tokio

El río Sumida henchido bajo las nubes. Mirando los cerezos de Mukojima por la ventanilla de la lancha de vapor en movimiento. En plena floración los capullos a sus ojos una fila de andrajos, triste. En los árboles... que se remontaban a la época de Edo. En los cerezos de Mukojima, viéndose a sí mismo.

5. Yo

Con un graduado, sentado a una mesa de café, fumando un cigarrillo tras otro. Apenas si abría la boca. Pero escuchaba atentamente las palabras del graduado.

—Hoy pasé la mitad del día andando en auto.

—¿Por trabajo, supongo?

—¿Eh?... simplemente tenía ganas.

Esas palabras le abrieron un mundo desconocido... próximo a los dioses, el reino del Yo. Era doloroso. Y extático.

El café estaba atestado. Bajo una pintura del dios Pan, en un tiesto rojo, un gomero. Sus hojas carnosas. Mustias.

6. Enfermedad

En una brisa marina sin ningún freno, el gran diccionario inglés abierto de par en par, sus dedos buscando palabras.

TALARIA: Botas, sandalias aladas.

TALE: Narración.

TALIPOT: Palmera de las Indias Orientales. Altura entre 15 y 30 m. Hojas usadas para hacer sombrillas, abanicos, sombreros. Florece una vez cada setenta años.

Su imaginación proyectó vividamente la flor de la palmera. Mientras lo hacía advirtió una picazón en la garganta. A pesar suyo, la flema goteó sobre la página. ¿Flema?... pero no era flema. Pensando en la brevedad de la vida, conjuró una vez más la flor de la palmera. Sobre el mar remoto, en el aire, remontándose en su ascenso, la flor.

7. Pintura

De inmediato quedó impresionado. Parado ante una librería mirando una colección de pinturas de Van Gogh, sintió el impacto. *Eso* era pintar. Por supuesto, los Van Gogh eran tan sólo reproducciones fotográficas. Pero aun así, pudo sentir en ellas un yo que afloraba intensamente en la superficie.

La pasión de esas pinturas renovó su visión. Ahora veía las ondulaciones del ramaje de un árbol, la curva de la mejilla de una mujer.

Un encapotado crepúsculo de otoño, fuera de la ciudad, había cruzado por un paso subterráneo. Allí al otro lado del terraplén había un carro. Mientras pasaba junto a él tuvo la sensación de que alguien había pasado antes por allí. ¿Quién?... Ya no tenía necesidad de preguntarlo. En su mente de veintitrés años, una oreja cortada, un holandés, en su boca una pipa de larga boquilla, clavaba sobre el sombrío paisaje su mirada penetrante.

8. Chispas

La lluvia empapaba, hollando asfalto. La lluvia feroz. Bajo el diluvio aspiró el olor del abrigo de caucho.

Ante sus ojos un cable eléctrico aéreo lanzó chispas violeta. Extrañamente se sintió conmovido. Metido en el bolsillo de su chaqueta, para ser publicado en la revista grupal, su manuscrito. Caminando una vez más bajo la lluvia, se volvió para ver una vez más el cable eléctrico.

Emitía infatigable sus chispas como púas. Aunque evaluó toda la existencia humana, no había en ella nada especial que valiera la pena tener. Pero esos capullos de fuego violeta... esos formidables fuegos artificiales en el cielo... hubiera dado la vida por tenerlos en sus manos.

9. Cadáver

De un alambre delgado sujeto al pulgar de cada cadáver pendía una tarjeta. En ella se consignaba un nombre, una fecha. Su amigo, inclinado sobre uno de los cuerpos, empezó a despellejar la piel de la cara. Debajo de la capa de piel la grasa era de un amarillo adorable.

Miró fijamente el cadáver. Para un cuento suyo... sin duda, para dar autenticidad a la atmósfera de un cuento de la época dinástica siguió mirando. Pero el hedor, como de duraznos podridos, era nauseabundo. Su amigo, frunciendo el entrecejo, siguió trabajando silenciosamente con el escalpelo.

—Últimamente resulta difícil conseguir cadáveres.

Había dicho su amigo. Antes de advertirlo, su respuesta ya estaba preparada... "Si me hiciera falta un cadáver, sin ninguna mala intención, cometería un asesinato". Pero, por supuesto, la respuesta sólo se enunció en su cabeza.

10. Mentor

Bajo un gran roble leía el libro de su mentor. Bajo el sol de otoño el roble no movía ni siquiera su hoja más diminuta. Allá en el remoto cielo un par de platillos de vidrio pendían de una balanza, en perfecto equilibrio... Leyendo el libro de su mentor, imaginó la escena...

11. Fin de la noche

Lentamente rompía el alba. Se encontró en una esquina de alguna parte mirando la amplia plaza de un mercado. En la plaza del mercado convergían personas, carros, todo teñido de un suave rosado.

Encendiendo un cigarrillo, se aproximó discretamente al centro del mercado. Mientras avanzaba, un flaco perro negro ladró. Pero no sintió miedo. Hasta para el perro había amor.

En el centro del mercado, un bananero, sus ramas extendidas ampliamente en todas direcciones. De pie junto a la raíz miró a través de la trama de las ramas el alto cielo. En el cielo justo arriba de su cabeza centelleaba una estrella.

Sus veinticinco años... hacía tres meses que había conocido a su mentor.

12. Base naval

El interior del submarino era penumbroso. Rodeado de maquinarias, estaba inclinado atisbando en una pequeña lente. La escena del puerto que se reflejaba en la lente estaba brillantemente iluminada.

—Probablemente podrá ver al *Kongo* allá afuera.

Un oficial naval le hablaba. Observando una parte de la nave de guerra en la lente cuadrada no supo por qué se encontró pensando en el perejil de Holanda. Incluso sobre una mínima porción de carne de 30 *sen*. En su fragancia apenas perceptible.

13. Muerte del mentor

En el viento rezagado tras la lluvia él caminaba por el andén recién construido. Cielo sombrío. Más allá del andén cantando en tono agudo tres o cuatro obreros ferroviarios alzaban y dejaban caer sus mazas.

El viento poslluvia rasgaba el canto de los obreros y hacía jirones sus sentimientos. Con el cigarrillo apagado, su angustia estaba próxima a la exaltación. *Mentor en estado crítico*, el telegrama hecho un bollo en el bolsillo de su abrigo...

Detrás de la montaña de pinos el largo tren de las seis con destino a Tokio, su humo pálido muy bajo, serpenteante, se acercaba.

14. Matrimonio

Ya al día siguiente de su matrimonio, "De inmediato empiezas a malgastar el dinero", criticaba a su reciente esposa. Aunque en realidad la queja no era tanto suya sino de su tía. Ante él, por supuesto, pero también ante su tía, su esposa bajó la cabeza pidiendo disculpas. Un cuenco de narcisos amarillos, que él le había regalado, frente a ella.

15. Ellos

Vivían en paz. A la expansiva sombra de las hojas de un enorme árbol de *basho*... Incluso por tren, a más de una hora de Tokio, en una casa de una ciudad de la costa. Por eso.

16. Almohada

Reclinado sobre el escepticismo con aroma a pétalos de rosas, leía un libro de Anatole France. Que incluso una almohada así pudiera alojar a un centauro era algo de lo que él no parecía darse cuenta.

17. Mariposa

En un viento que apestaba a lentejas de agua, apareció una mariposa. Sólo por un instante sintió sobre sus labios secos el roce de las alas. Pero años después, sobre sus labios, el polvo que las alas dejaron grabado aún centelleaba.

18. Luna

En cierto hotel, subiendo la escalera, se cruzó con ella. A la tarde su rostro parecía iluminado por la luna. Siguiéndola con la mirada (no eran ni siquiera conocidos que podían saludarse con una inclinación de cabeza), sintió una soledad como nunca había experimentado...

19. Alas hechas por el hombre

De Anatole France pasó a los filósofos del siglo XVIII. Pero evitó a Rousseau. Un aspecto de su naturaleza... un aspecto fácilmente dominado por la pasión, estaba tal vez demasiado

próximo a Rousseau. El otro... el aspecto dotado de un intelecto helado, lo acercaba al autor de *Candide*.

Veintinueve años de existencia humana le habían ofrecido poca iluminación. Pero Voltaire al menos lo equipó de alas artificiales.

Desplegando esas alas hechas por el hombre, se remontaba con facilidad hacia el cielo. Empapado por la luz de la razón, la alegría y el pesar humano se hundían bajo sus ojos. Sobre sórdidas ciudades, dejando caer la burla y la ironía, se elevaba hacia el espacio despejado, encaminándose directamente al sol. Lo mismo que con alas hechas por el hombre, derretidas por el resplandor del sol, había lanzado al mar a un antiguo griego, muerto. Parecía haberlo olvidado...

21. Loca

Dos rickshaws bajo un cielo encapotado avanzaban por un camino rural despoblado. Una brisa marina indicaba que el camino conducía al mar. En el rickshaw de atrás, intuyendo su absoluta falta de interés en la cita, se preguntó qué lo impulsaba. De ninguna manera el amor. Entonces, si no era el amor... cómo evitar responder "al menos somos parecidos". Eso no podía negarlo.

En el rickshaw de adelante iba una loca. No sólo eso. Su hermana, por celos, se había suicidado.

"No hay salida."

Esta loca... esta mujer impulsada por el instinto animal lo colmaba de aversión.

Los rickshaws bordearon un cementerio, que hedía a costa. Una cerca de valvas de ostra incrustadas. Adentro, ennegrecidas lápidas. Mirando el mar más allá de las tumbas, un vago resplandor. De repente por el esposo de ella... por ese esposo incapaz de conseguir su amor, desprecio.

20. Ataduras

Se acordó de que él y su esposa compartirían el mismo techo con sus padres adoptivos. Eso se debía a que él había sido contratado por cierto editor. Había dependido absolutamente de las palabras del contrato, escritas en una única hoja de papel amarillo. Pero más tarde, mirando el contrato, se hizo evidente que el editor no estaba obligado a nada. Todas las obligaciones eran de él.

22. Un pintor

Era una ilustración de revista. Pero un gallo en blanco y negro que expresaba inconfundible individualidad. Le preguntó a un amigo por el pintor.

Más o menos una semana más tarde el pintor lo visitó. Fue uno de los acontecimientos de su vida. Descubrió en el pintor una poesía desconocida para cualquiera. Y más, descubrió un alma de la que ni siquiera el mismo pintor era consciente.

Un helado anochecer de otoño, en un solitario tallo de maíz vio al pintor. Alto, armado con agresivas hojas, desde el suelo sus raíces como delgados nervios, expuestas. Era, por supuesto, un retrato de su propio yo vulnerable. Pero el descubrimiento sólo lo condujo a la desesperación.

"Demasiado tarde. Pero cuando llegue el momento ..."

23. Ella

La plaza oscureciéndose. Su cuerpo febril, caminando alrededor. Los grandes edificios, tantos, vagos, en el cielo plateado las luces eléctricas de las ventanas en las ventanas enrojecidas.

Se detuvo en el cordón para esperarla. Unos cinco minutos después, con aspecto extrañamente demacrado, ella se acercó a él. Viendo su rostro, "Nada, sólo cansancio". Ella sonrió. Lado a lado, caminaron por la plaza en penumbras. Era la primera vez que estaban juntos. Por estar con ella, él sentía que daría cualquier cosa.

Más tarde, en un taxi, ella lo miró directamente a la cara. "¿Y no te arrepentirás?" El respondió escuetamente. "Ningún arrepentimiento". Oprimiéndole la mano, ella dijo: "No me arrepentiré, pero..." También en ese momento su rostro parecía iluminado por la luna.

24. Parto

Merodeando junto a la puerta corrediza, miraba a la partera vestida de blanco que restregaba al bebé rojo. Cada vez que le entraba jabón en los ojos el bebé hacía una mueca lastimera. Peor, chillaba constantemente. Olía como un ratón. A él las preguntas lo roían todo el tiempo...

"¿Por qué vino a este mundo? A este mundo de desdicha. ¿Por qué le tocó la carga de un padre como yo?"

Y era el primer bebé de su esposa. Un varón.

25. Strindberg

De pie en la entrada, en la luz de la luna color capullo de granada, mirando a los grises chinos que jugaban mah-jong afuera. Volvió a su habitación. Bajo una lámpara tenue empezó a leer *Le Plaidoyer d'un Fou*. Pero antes de que hubiera leído siquiera dos páginas se descubrió esbozando una sonrisa sardónica... Strindberg no era tan diferente. En las cartas a su amante, la condesa, también él escribía mentiras...

26. Antigüedad

Budas descoloridos, seres celestiales, caballos, flores de loto... casi lo abrumaron. Contemplándolos, se olvidaba de todo. Hasta de su propia suerte al escapar de las manos de la loca...

27. Disciplina espartana

Con un amigo, caminando por una calle lateral. Avanzando directamente hacia ellos, un rickshaw con capota. Totalmente inesperado, en el vehículo, ella, la de anoche. También a la luz del día su cara parecía iluminada por la luna. Con su amigo presente, naturalmente no podía haber ninguna señal de reconocimiento.

—Una belleza.

Comentó su amigo. Él, mirando hacia el punto en el que la calle se topaba con las colinas primaverales, sin poder contenerse.

—Sí, una verdadera belleza.

28. Asesino

Un camino rural al sol, olor de bosta de vaca en el aire. Enjugándose el sudor, él se arrastraba colina arriba. Desde ambos lados, el aroma del trigo fragante y maduro.

"Matar, matar..."

¿Cuánto tiempo había estado repitiendo estas palabras en su cabeza? ¿Matar a quién?... Sabía muy bien a quién. Recordaba a un hombre maligno, con el cabello muy corto.

Trigo dorado. Más allá, una catedral católica romana. Cúpula.

29. Forma

Una botella de vino de metal. En algún momento esa botella de vino finamente grabada le había enseñado la belleza de la *forma*.

30. Lluvia

En una gran cama con ella, hablando de bueyes perdidos. Más allá de la ventana de la habitación caía la lluvia. En esa lluvia los capullos de amarilis seguramente se pudrían. El rostro de ella ya no parecía atrapado en luz de luna. Pero hablar con ella había empezado a ser cansador. Tendido boca abajo, encendiendo con calma un cigarrillo, se dio cuenta de que los días que había pasado con ella ya sumaban siete años.

"¿Estoy enamorado de esta mujer?"

Se preguntó. Aun para su ser tan dedicado al autoanálisis la respuesta fue una sorpresa.

"Todavía lo estoy."

31. Gran terremoto

El olor no era muy diferente del de los damascos podridos. Caminando a través de las ruinas calcinadas, percibiéndolo vagamente, bajo el cielo ardiente el olor de los muertos no era del todo maligno. Pero mirando los cadáveres amontonados en altas pilas junto al estanque la expresión "me revuelve el estómago" cobra significado preciso. Más conmovedor resulta el cadáver de un niño de doce o trece años. Observándolo, no puede evitar sentir envidia. "Los amados de los dioses mueren temprano." Se le ocurre esa expresión. La casa de su hermana y de su medio hermano incendiada hasta los cimientos, el esposo de su hermana acusado de perjurio, su sentencia suspendida.

"Mejor que todos estuvieran muertos."

Permanece en las ruinas, la idea persiste.

32. Conflicto

Él y su medio hermano estaban enfrentados. Cierto que a causa de él su medio hermano estaba bajo constante presión. Al mismo tiempo, a causa de su medio hermano, él se sentía atado. La familia no cesaba de azuzar al medio hermano para que lo siguiera. Estar al frente no era diferente de estar atado de pies y manos. Enzarzados en lucha, ambos cayeron del porche. En el patio donde cayeron, lilas de la India... todavía hoy puede verlas... bajo un cielo cargado de lluvia. Destellos de flores escarlata.

33. Héroe

¿Cuánto tiempo había pasado mirando por la ventana de la casa de Voltaire, sus ojos clavados en la imponente montaña? Arriba, en la cumbre helada, no se veía siquiera la sombra de un cóndor. Sólo el ruso retacón que ascendía obstinadamente la ladera.

Después de que la oscuridad hubo encerrado la casa de Voltaire, bajo una lámpara brillante empezó a componer un poema. En su cabeza emergía la figura del ruso que trepaba la montaña...

*Más que nadie tú
respetaste el Decálogo,
más que nadie tú
violaste el Decálogo,
más que nadie tú
amaste a la gente,
más que nadie tú
despreciaste a la gente.*

*Más que nadie tú
llameaste con ideales,
más que nadie tú
conociste lo real.
Tú, nacido del Oriente,
locomotora
eléctrica
con olor a hierba.*

34. Color

A los treinta años, durante algún tiempo se había enamorado de un baldío. Un lote lleno de musgo, con ladrillos rotos, fragmentos de tejas. Pero sus ojos, un paisaje de Cézanne.

Recordó sus pasiones de siete u ocho años atrás. Siete u ocho años atrás, se dio cuenta ahora, no había entendido el color.

35. Maniquí

Para que no le importara cuándo moriría, su deseo era vivir una vida intensa. Pero en realidad su vida era una constante deferencia a sus padres adoptivos y a su tía. Esa sumisión formaba tanto la luz como la sombra de su ser. Estudió el maniquí del escaparate de la sastrería, curioso por ver hasta qué punto él se le parecía. Al menos, conscientemente... Su otro yo ya había resuelto la cuestión. En un cuento.

36. Tedio

Con un estudiante universitario caminaba por un campo de altos penachos de hierba.

—Todavía sientes un intenso apetito por la vida, ¿verdad?

—Así es... y también tú...

—Yo no. Sólo el deseo de trabajar.

Así era cómo se sentía. Ya hacía mucho que había perdido todo interés por la vida.

—Pero el deseo de trabajar y el deseo por la vida... ¿no son lo mismo?

Él no respondió. En el campo de penachos de hierba rojiza, un volcán. La feroz montaña despertó en él cierta envidia. Pero no sabía decir por qué...

37. El norteño

Conoció a una mujer que era su par intelectual. Sólo escribiendo poesía, como "El norteño", logró evitar una crisis. Era doloroso, como contemplar la nieve escarchada y centelleante gotear del tronco de un árbol.

*Sombrero de junco arremolinado por los vientos,
caído en el camino,
¿a quién le importa mi fama?
La que importa es la tuya.*

38. Venganza

Entre árboles en retoño, la veranda de un hotel. Él dibujaba, para entretener a un niño. Hijo único de la loca con la que había cortado relaciones, siete años atrás.

—Tiene algo tuyo, como ves.

—No, *nada*. En primer lugar...

—¿Qué? Sabes muy bien, ¿no?... lo de la influencia prenatal.

Él se alejó. En silencio. En lo profundo sentía deseos de estrangular a esa mujer. No podía negar que albergaba en él ese cruel impulso...

39. Espejos

Él y su amigo estaban en el rincón de un café, conversando. Su amigo, comiendo una manzana asada, comentaba el frío reciente, etc. Él, en medio de la charla, de pronto advirtió contradicciones.

—Estás soltero todavía, ¿verdad?

—No. Me caso el mes que viene.

No tenía nada más que decir. En las paredes del café, innumerables espejos reflejaban su imagen. Heladamente. Un poco amenazantes...

40. Catecismo

Atacas el sistema social actual, ¿por qué?

Porque veo los males nacidos del capitalismo.

¿Males? Creía que no discriminabas ente el bien y el mal. En ese caso, ¿qué pasa con tu propia vida?

... La discusión era con un ángel. Impecable. Con sombrero de seda...

41. Enfermedad

Empezó a sufrir insomnio. Sus fuerzas se agotaban. Una cantidad de médicos diagnosticaron su enfermedad. .. dispepsia ácida, atonía gástrica, pleuresía seca, postración nerviosa, conjuntivitis crónica, fatiga mental...

Pero él conocía la causa de su enfermedad. Era su sentimiento de vergüenza ante sí mismo, mezclada con el miedo a ellos. *Ellos...* el público que él despreciaba.

En una tarde nublada por nubes de nieve, en el rincón de un café, un cigarro encendido en la boca, sus oídos inclinados hacia la corriente que fluía hacia él desde el gramófono, la música. Música extraña, penetrante. Esperó que terminara, después fue hasta la máquina para examinar la etiqueta del disco:

La flauta mágica... Mozart

Súbitamente comprendió. Después de todo, el infractor del Decálogo Mozart también sufrió. Pero, Mozart nunca... Su cabeza gacha, en silencio. Volvió a su mesa.

42. Risa de los dioses

A los treinta y cinco años, paseando por un bosquecillo de pinos encendido por el sol de primavera. "Los dioses, pobrecitos, a diferencia de nosotros no pueden matarse." Regresaron las palabras de dos, tres años atrás...

43. Noche

Una vez más caía la noche. En la luz penumbrosa, el salvaje mar estallaba en espuma incesante. Él, bajo ese cielo, se casaba por segunda vez con su esposa. Era un júbilo. Y una angustia. Sus tres hijos con ellos, observando los relámpagos a lo lejos. Su esposa, abrazando a uno de los niños, conteniendo las lágrimas.

—Ves el barco allá a lo lejos.

—Sí.

—El barco con el mástil partido en dos.

44. Muerte

Bueno era que estuviera durmiendo solo. Ató una faja a la reja de la ventana. Pero al insertar su cuello en el nudo, el terror a la muerte lo arrasó. El miedo, sin embargo, no era a la agonía de la muerte. En el siguiente intento, tenía en la mano un reloj de bolsillo, para medir el tiempo de la estrangulación. Había sólo un instante de sufrimiento, después todo empezaba a embotarse. Si al menos pudiera cruzar al otro lado, entraría en la muerte. Estudió su reloj. El dolor había durando alrededor de un minuto y veinte segundos. Del otro lado de la ventana enrejada la oscuridad era total. En la oscuridad, desgarrándola, el canto de un gallo.

45. El Diván

El Diván le daría una nueva vida. Hasta ahora no había conocido al "Goethe oriental". Con una envidia próxima a la desesperación vio a Goethe de pie en la otra costa, más allá del bien y del mal, inmenso. A sus ojos, el poeta Goethe era más grande que el poeta Cristo. El alma del poeta no alberga solamente a la Acrópolis o el Gólgota. En ella también florece la rosa árabe. Si al menos tuviera la fuerza necesaria para seguir a ciegas los pasos del poeta... Terminado *El Diván*, abatida ya la tremenda excitación, sólo quedó desprecio por sí mismo. Un eunuco congénito.

46. Mentiras

El suicidio del marido de su hermana lo aplastó de inmediato. Ahora se le agregaba la responsabilidad de la familia de su hermana. Le parecía que su futuro tenía el gris de la penumbra. Con una mueca distante, sonriendo ante su propio colapso espiritual (plenamente consciente de todos sus vicios y debilidades), siguió leyendo un libro tras otro. Pero hasta las *Confesiones* de Rousseau estaban repletas de mentiras heroicas. Y peor aún era *La vida nueva* de Toson... allí encontró un héroe más taimadamente hipócrita que cualquiera. Sólo Villon conmovía su corazón. En su poesía descubrió belleza masculina.

En sus sueños veía a Villon que esperaba ser ahorcado. Cuántas veces, como Villon, él había deseado caer hasta el fondo de la vida. Pero ni sus circunstancias ni su fuerza física lo permitieron. Consumido poco a poco. Como lo había visto Swift. Un árbol pudriéndose, de la copa para abajo.

47. Jugar con fuego

El rostro de ella resplandecía. Era como la luz del sol matinal sobre el hielo. Ella le gustaba. Pero no era amor. Nunca tocó su cuerpo, ni siquiera un dedo.

—Tratas de morirme, ¿verdad?

—Sí... No. No trato de morirme. Pero estoy harto de vivir.

De esta conversación surgió la resolución de morir juntos.

—Lo llamaremos Suicidio Platónico.

—Doble Suicidio Platónico.

Hasta a él mismo su propia calma le resultó maravillosa.

48. Muerte

Él no murió con ella. No haberla tocado nunca era suficiente gratificación. Ella, como si nada hubiera pasado entre ellos, hablaba con él de tanto en tanto. Le entregó su ampolla de cianuro de potasio, diciéndole "Esto debería inspirarnos".

Era cierto, la ampolla le dio seguridad. En su silla de ratán, sentado solo mirando las hojas nuevas del roble pensó en la quietud. En la muerte.

49. Cisne embalsamado

Gastando la poca fuerza que le quedaba, intentó una autobiografía. Era más difícil de lo que había creído. El engreimiento y el escepticismo y el cálculo de ventajas y desventajas no lo abandonaban. Despreciaba ese yo suyo. Al mismo tiempo no podía evitar pensar: "Si quitamos una capa de piel todo el mundo es igual". *Dichtung und Wahrheit*¹⁸... el título de ese libro sería adecuado para todas las autobiografías. Pero él también sabía perfectamente que las obras de literatura no conmovían a muchos. Su propia obra sólo podría gustarles a aquellos cuyas vidas estaban próximas a la suya; fuera de esos lectores no tendría otros... Ése era el sentimiento que predominaba en él. Trataría, concisamente, de escribir su propia *Dichtung und Wahrheit*.

Después de terminar *Vida de un loco* vio por casualidad en un negocio de segunda mano un cisne embalsamado. Estaba allí con su cuello erguido, sus alas amarillentas, apolillado. Recordando toda su vida, lo embargó un súbito acceso de lágrimas y heladas carcajadas. Frente a él se cernía la locura o el suicidio. En el crepúsculo caminó por la calle solo, decidido, pacientemente, a esperar su destino, la destrucción que lentamente se acercaba.

50. Cautivo

Uno de sus amigos enloqueció. Siempre había sentido hacia él una afinidad peculiar. Debido al aislamiento... porque conocía el aislamiento oculto tras una máscara de alegría y desenfadado. Después que su amigo enloqueció, fue a visitarlo dos o tres veces.

—Tú y yo estamos poseídos por un demonio. El demonio *fin de siècle*, eh.

De esas cosas hablaba su amigo, su voz en un susurro. Pero varios días más tarde, se enteró por terceros: su amigo, en camino hacia una fuente termal, había empezado a comer rosas. Después de que su amigo fue internado en un manicomio él recordó el busto de terracota que le había regalado una vez. Era el busto del autor de *Inspector general*, tan amado por su amigo. Recordando que Gogol también había muerto loco, no pudo evitar sentir que algún poder los controlaba a ambos.

Enfermo y exhausto, leyendo las últimas palabras de Radiguet, escuchó una vez más la risa de los dioses... "Los soldados de Dios vienen a apresarme". Desesperadamente trató de luchar contra su superstición y su sentimentalismo. Pero era *físicamente* incapaz de llevar adelante la batalla. Era cierto, "el demonio del fin de siglo" seguía atormentándolo. Cómo envidiaba a los de la Edad Media con su fe en Dios. Pero creer en un Dios... creer en el amor de un Dios, era imposible. ¡Ni siquiera en el Dios de Cocteau!

51. Derrota

La mano que empuñaba la pluma había empezado a temblar. Babeaba. Su cabeza sólo tenía alguna claridad después de una dosis de ocho miligramos de Veronal. Y entonces, sólo por media hora o una hora. En esta semioscuridad día a día vivía. El filo mellado, una espada muy delgada como bastón.

Carta a un viejo amigo

Probablemente nadie que intenta suicidarse, como lo demuestra Régnier en uno de sus cuentos, es plenamente consciente de todos sus motivos, que con frecuencia son demasiado complejos. Al menos en mi caso, el suicidio está causado por un vago sentimiento de angustia, un vago sentimiento de angustia sobre mi propio futuro.

Durante los últimos dos años más o menos he pensado sólo en la muerte, y he leído con especial interés un notable relato del proceso de la muerte. Aunque el autor lo expresaba en términos abstractos, yo seré tan concreto como pueda, incluso al punto de parecer inhumano.

¹⁸ *Poesía y verdad*, la autobiografía de Goethe. (N. de la T.)

En este punto, estoy obligado a ser honesto. En cuanto a mi vago sentimiento de angustia por mi propio futuro, creo que lo analicé por completo en *Vida de un loco*, salvo el factor social, es decir la sombra que el feudalismo arrojó sobre mi vida. Es algo que omití deliberadamente, inseguro de poder esclarecer el contexto social en el que viví.

Una vez que me decidí por el suicidio (no lo considero un pecado, como los occidentales), busqué la manera menos dolorosa de llevarlo a cabo. Por ende descarté ahorcarme, pegarme un tiro, saltar al vacío y otras modalidades de suicidio por razones estéticas y prácticas. El uso de una droga parecía ser tal vez la manera más satisfactoria. En cuanto al lugar, debía ser mi propia casa, por inconveniente que ello resultara para mis familiares que me sobrevivirían. Como una suerte de trampolín, tal como lo habían hecho Kleist y Racine, pensé en alguna compañía, por ejemplo, una amante o un amigo, pero como muy pronto gané confianza, decidí seguir adelante solo. Y lo último que tuve que calcular fue la manera de asegurar una ejecución perfecta sin que mi familia se enterara. Después de varios meses de preparativos, finalmente estoy convencido de haberlo logrado.

Nosotros, los humanos, por ser animales humanos, tenemos un miedo animal a la muerte. La así llamada vitalidad es sólo otro nombre de la fuerza animal. Yo mismo soy un animal humano. Y parece que esta fuerza animal se ha escurrido gradualmente de mi sistema, a juzgar por el hecho de que tengo tan poco apetito por la comida y las mujeres. El mundo en el que vivo es el de los nervios enfermos, lúcido como el hielo. Esta muerte voluntaria debe darnos paz, si no felicidad. Ahora que estoy listo, la naturaleza me resulta más bella que nunca, por paradójico que parezca. He visto, amado y entendido más que otros. En eso al menos experimento cierta satisfacción, a pesar de todo el dolor que he tenido que soportar hasta el momento.

P.S. Leyendo una vida de Empédocles, siento qué antiguo es este deseo de convertirse en un dios. Esta carta, en la medida en que puedo saberlo, no lo intenta. Por el contrario, me considero uno de los humanos más comunes. Tal vez recuerde aquellos días, veinte años atrás, cuando hablamos de Empédocles bajo los tilos. En esa época yo era alguien que quería convertirse en un dios.

Epílogo

Tales midió la sombra de una pirámide para indagar su altura; Pitágoras y Platón enseñaron la trasmigración de las almas; setenta escribas, reclusos en la isla de Pharos, produjeron al cabo de setenta jornadas de labor setenta versiones idénticas del Pentateuco; Virgilio, en la segunda *Geórgica*, ponderó las delicadas telas de seda que elaboran los chinos y, días pasados, jinetes de la provincia de Buenos Aires se disputaban la victoria en el juego persa del polo. Verdaderas o apócrifas las heterogéneas noticias que he enumerado (a las que habría que agregar, entre tantas otras, la presencia de Atila en los cantares de la *Edda Mayor*) marcan sucesivas etapas de un proceso intrincado y secular, que no ha cesado aún: el descubrimiento del Oriente por las naciones occidentales. Este proceso, como es de suponer, tiene su reverso; el Occidente es descubierto por el Oriente. A esta otra cara corresponden los misioneros de hábito amarillo que un emperador budista envió a Alejandría, la conquista de la España cristiana por el islam y los encantadores y a veces terribles volúmenes de Akutagawa. Discernir con rigor los elementos orientales y occidentales en la obra de Akutagawa es acaso imposible; por lo demás, los términos no se oponen exactamente, ya que en lo occidental está el cristianismo, que es de origen semítico. Entiendo, sin embargo, que no es aventurado afirmar que los temas y el sentimiento son orientales, pero que ciertos procederes de su retórica son europeos. Así, en *Kesa y Moritô* y en *Rashômon*, asistimos a diversas versiones de una misma fábula, referidas por los diversos protagonistas; es el procedimiento de Robert Browning, en *The Ring and the Book*. En cambio, cierta tristeza reprimida, cierta preferencia por lo visual, cierta ligereza de pincelada, me parecen, a través de lo inevitablemente imperfecto de toda traducción, esencialmente japonesas. La extravagancia y el horror están en sus páginas, pero no en el estilo, que siempre es límpido.

Akutagawa estudió las literaturas de Inglaterra, de Alemania y de Francia; el tema de su tesis doctoral fue la obra de Morris y nos consta que frecuentó a Schopenhauer, a Yeats y a Baudelaire. La reinterpretación psicológica de las tradiciones y leyendas de su país fue una de las tareas que ejecutó.

Thackeray declara que pensar en Swift es como pensar en la caída de un imperio. Análogo proceso de vasta desintegración y agonía nos dejan entrever las dos narraciones que componen este volumen. En la primera, *Kappa*, el novelista recurre al artificio de fustigar la especie humana bajo el disfraz de una especie fantástica; acaso los bestiales *yahoos* de Swift o los pingüinos de Anatole France o los curiosos reinos que atraviesa el mono de piedra de cierta alegoría budista fueron su estímulo. A medida que procede el relato, Akutagawa olvida las convenciones del género satírico; a los kappas no les importa revelar que son hombres y hablan directamente de Marx, de Darwin o de Nietzsche. Según los cánones literarios, esta negligencia es una falla; de hecho, infunde en las últimas páginas una melancolía indecible, ya que sentimos que en la imaginación del autor todo se desmorona, y también los sueños de su arte. Poco después, Akutagawa se mataría; para quien escribió esas últimas páginas, el mundo de los kappas y el de los hombres, el mundo cotidiano y el mundo estético, ya eran parejamente vanos y deleznable. Un documento más directo de ese crepúsculo final de su mente es el que nos propone *Los engranajes*. Como el *Inferno* de aquel Strindberg que entrevemos al fin, esta narración es el diario, atroz y metódico, de un gradual proceso alucinatorio. Diríase que el encuentro de dos culturas es necesariamente trágico. A partir de un esfuerzo que se inició en 1868, el Japón llegó a ser una de las grandes potencias del orbe, a derrotar a Rusia y a lograr alianzas con Inglaterra y con el Tercer Reich. Esta casi milagrosa renovación exigió, como es natural, una desgarradora y dolorosa crisis espiritual; uno de los

artífices y mártires de esta metamorfosis fue Akutagawa que se dio muerte el día 24 de julio de 1927.

JORGE LUIS BORGES¹⁹

¹⁹ En Ryunosuke Akutagawa, *Kappa. Los engranajes*, Buenos Aires, Ediciones Mondonuevo, 1959. Y en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, Nº 505/507, julio-septiembre de 1992. Número de Homenaje a Jorge Luis Borges. Publicado en *El círculo secreto*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2003.